

2019

MODULO DE HOMILETICA



Centro Arquidiocesano
De
Formación Cristiana

Adaptación Didáctica: Luis Antonio Martínez

CAFCEG

1-1-2019



HOMILETICA

Autor: Joaquín Antonio Peñalosa

Adaptación didáctica: Mg. Luis Antonio Martínez

PROLOGUILLO

Se cuenta de un obispo que duró en su sede 24 horas; de nuestro Señor Jesucristo a quien iban a despeñar por predicar una homilía perfecta, del Buey Mudo que habló y del apóstol Pablo que, por predicar tan largo, se le durmió un oyente y murió.

Estimado predicador, señor homileta o, dicho sea con caridad cristiana, orador sagrado, tiene sus riesgos predicar una homilía perfecta. Verá usted.

Jesucristo, nuestro bien, predicó su primera homilía en la sinagoga de Nazaret. Leyó un pasaje del profeta Isaías. Enrolló el libro, lo devolvió al servidor y se sentó. “Los ojos de cuantos había en la sinagoga estaban fijos en él”. Luego explicó el texto bíblico con tal seguridad, viveza y valentía que el auditorio se encendió de cólera y, levantándose, lo arrojó fuera de la ciudad y lo llevó a la cima del monte para precipitarlo desde

allí (Le 4, 16-30). Si al Señor lo rechazaron por predicar la homilía modélica por excelencia, ¿qué puede esperarse de nosotros, pardos aprendices de la Palabra y parvulillos en el arte de la comunicación?

Recuerde usted también lo que aconteció al apóstol Pablo que, por prolongar su homilía hasta media noche, un joven de nombre Eutico, que estaba sentado en una ventana, abrumado por el sueño, “porque la plática de Pablo se alargaba mucho”, se cayó del tercer piso abajo, de donde lo levantaron muerto. Imitadores de Pablo, no pocos predicadores adormecen con anestesia total al amado rebaño, pero sin el poder de Pablo para resucitarlo (Hechos 20, 7-12).

Agustín de Hipona se quejaba de que los fieles se le escapaban del sermón para ver el circo, no obstante que hablaba enlazando teologías y galanuras de estilo. El insigne Tomás de Aquino —bendito sea su nombre por los siglos de los siglos—, una vez que predicaba en París con sentencias irrefutables y silogismos bicornutos, unos ruidosos contestatarios interrumpieron su sermón callando al Buey Mudo con tamaña gritería.

El propio Concilio Vaticano II reconoce que “la predicación sacerdotal, en las actuales circunstancias del mundo, resulta no raras veces difícilísima” (Presbyterorum Ordinis, 4). ¿Por qué?

—la falta de preparación en predicadores así en el terreno bíblico y teológico, como en el arte de la comunicación,

—la desigual competencia con los medios de comunicación social, tan evolucionados y adaptados al hombre moderno,

—la impreparación de los oyentes que apenas, y a duras penas, están medio evangelizados,

—El desprestigio de frecuentes homilías demasiado moralizantes abstractas, desvinculadas de la vida, tejidas con un lenguaje pasado de moda y largas, largas, largas, como el Ferrocarril Transoceánico.

No es fácil encontrar responsables de las homilías que sepan pronunciarlas breves, directas, amenas, entendibles, exhortativas, capaces de ayudar a comprender mejor la Palabra de Dios, a participar más fructuosamente en la celebración de la misa y a transformar evangélicamente la vida.

Existen, en el mercado, varios y excelentes libros que pudieran enseñarnos a fabricar una homilía desde que entra la materia prima al taller hasta que sale transformada en los labios. Lo que se extraña en las

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta



librerías es lo otro, el libro que nos dijera cómo no hacer una homilía. Porque la caricatura es más exacta que la foto. Y porque nadie comienza a quitar sus defectos, hasta que no los conoce. De la vía purgativa se va a la iluminativa.

Se dirá que sale sobrando mostrar cómo no ha de ser una homilía, si es lo que algunos hacemos —usted no, por favor— los domingos y días festivos desde la misa del alba hasta la de 9 pe eme.

Las campanas llaman a misa; pero nunca la oyen. Es el caso del predicador. Pronuncia su homilía sin apenas sentirse oyente. Y es claro que el juicio final sobre la homilía pertenece al oyente y no al predicador.

¿Qué dicen los fieles de nuestras homilías?

Si usted fuera obispo por un día, si únicamente pudiera enviar una circular a su presbiterio, ¿de qué le hablaría, qué cosa importantísima le urgiría en su motu proprio?

“Carísimos hermanos, la homilía es un espíritu, una doctrina y una técnica. Exige santidad, sabiduría y arte de persuasión. Es fruto de la gracia de Dios y de la industria humana. El predicador no nace, se hace. Se hace orando, estudiando y aprendiendo el arte de hablar. Porque no basta saber, sino saber decir lo que se sabe. Un santo siempre predica bien. Pensad en Francisco de Asís, el Cura de Ars, Juan XXIII, el obispo mexicano Rafael Guízar y Valencia. Encendían, quemaban. Pero un teólogo, así sea dicho con el mayor respeto que los teólogos me merecen, sabe lo que va a decir, pero no siempre sabe cómo decirlo.

Yo no dudo que vosotros, amadísimos hermanos, seáis hombres de virtud, tampoco dudo que hayáis estudiado por largos años las ciencias sagradas en las aulas benditas de nuestro seminario. Lo que sí me preocupa, a mí, indigno siervo vuestro y Prelado por un día, el que hayáis descuidado el aprendizaje de las técnicas necesarias para transmitir con eficacia el mensaje evangélico. Si sois profesionistas de la Palabra, debéis conjugar, a la vez, la triple realidad de la vida interior, los conocimientos teológicos y bíblicos, y los recursos técnicos.

El líder que conduce a las masas, el cronista de la televisión, el locutor de radio, el artista de cine, el ejecutivo de ventas, señor del marketing, saben que su eficacia profesional está en relación directa con el manejo de la palabra. ¿Por qué sólo nosotros, los mensajeros de la verdad revelada, hemos de ser los únicos que hablan sin aprender a hablar?

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta



Os ruego que ésta, mi única circular, sea leída con atención y observada con fidelidad. En prenda de las bendiciones divinas...” (Sellado y firmado según estilo por nuestro secretario-canciller).

Glorioso episcopado de veinticuatro horas que pasará a la historia sólo por haber puesto el dedo en la llaga y la haga en el bálsamo: la crisis y la recuperación de la homilía.

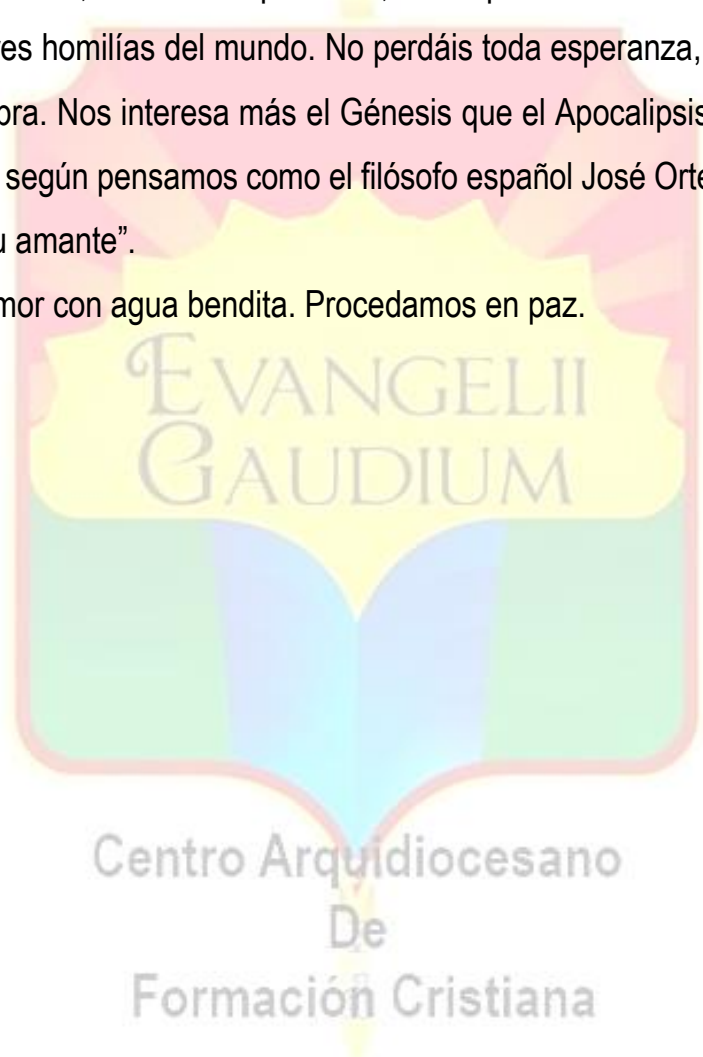
Estas paginillas, en cambio, serán, más que un recetario de alivio, un cuadro clínico de achaques. Pero ya es mucho saber dónde le duele a uno. Principio de salud.

Un manual de imperfecta homilía, éste o cualquier otro, tiene que hablar de imperfecciones o cambia de nombre. Desfilarán las peores homilías del mundo. No perdáis toda esperanza, vosotros que entráis aquí.

Amamos la luz y no la sombra. Nos interesa más el Génesis que el Apocalipsis. Cuestión de gustos. Nos estorban las gafas oscuras, según pensamos como el filósofo español José Ortega y Gasset: “A ser crítico de las cosas, prefiero ser su amante”.

Eso es este libro. Amor, humor con agua bendita. Procedamos en paz.

Joaquín Antonio Peñalosa



CAPÍTULO I Homilía sin preparación alguna

En que se razona cómo la impreparación es modo excelente de predicar una imperfecta homilía. Asoma el mar de Cancún, los efectos del cloroformo y un aterrizaje forzoso.

Sábado a las 6 de la mañana. El despertador automático, made in Japan, sonó con un terco y rabioso campanilleo “molto vivace”: ring-ring-ring- ring. Una mano tentaleando en la oscuridad apagó el molesto mudo. Dormiré una media hora más. Tú sabes que no es pereza, Señor, el celo por tu casa me consume. Pero la Junta de Pastoral terminó hace unas horas. Así que con tu permiso.

Se enredó en las mantas y a soñar. Soñó que el señor obispo llegaba a la parroquia a visita pastoral. Sí, era él, el solideo morado en el centro de la cabeza, jamás se lo dejaba ladear ni a la izquierda ni a la derecha, aunque el viejecito ceremoniero de la catedral se empeñaba en inclinarlo a la derecha. El señor obispo descendió de su modesto automóvil, se aproximó a la puerta y tocó.

—Tan, tan.

—Quién es?

—Yo, el sacristán.

—,Qué quieres?

—Padre Nicanor, ya es hora de la misa de las 8 a.m., los fieles están esperando. ¿Está usted enfermo?

—Abre, Señor, mis labios para cantar dignamente tu alabanza. Con Dios me acuesto, con Dios me levanto. El jabón, el cepillo de dientes, mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, no funciona el cierre de la sotana, en una palabra todo mi ser, ya que soy todo tuyo, oh Madre de bondad, ¿dónde dejaría el libro de las homilías?, guárdame y defiéndeme como cosa, creo que está en la oficina, como cosa y posesión tuya, amén.

Recuerdo que el profesor del Seminario nos enseñó que la homilía —palabra de origen griego que significa “conversación o plática familiar” en contraste con el discurso más solemne y formal—, es una comunicación, una comunicación que exige cuatro factores:

1) quién habla: es el emisor, el sacerdote, el homileta;

2) de qué habla: es el mensaje, el tema, la palabra de Dios, la Buena Nueva;

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

3) cómo habla: mediante un código común de palabras y gestos que establece un puente de unión entre el emisor y el auditorio. En la Torre de Babel falló la comunicación, porque cada cual hablaba de modo diverso (cuando visité Venecia, leí en el aparador de una tienda: “Se habla francés, español y alemán, pero por señas”);

4) a quién habla: es el auditorio, el pueblo de Dios congregado para recibir el pan de la Palabra y el pan de la Eucaristía.

—Hermanos, antes de comenzar estos sagrados misterios, establezcamos a priori un análisis retrospectivo de nuestras deficiencias conductuales.

Una feligresa se secretea con otra:

—Esto que dice el padre Nicanor, quiere decir:

“Reconozcamos nuestros pecados”. Le está fallando el código, ¿no crees?

No ha tenido un rato de respiro el padre Nicanor. El despacho parroquial. El curso prebautismal. La consulta de una señora en trance de divorcio. La libreta de misas y ceremonias atascada de anotaciones. El Código de Derecho Canónico abierto en “las obligaciones y derechos de los fieles laicos”. La circular del secretario de la Mitra, hay que acudir en peregrinación a catedral. ¿A qué horas prepararé la homilía de mañana que es el domingo 22 del Ciclo C? La Liturgia de las horas con un listón verde señalando laudes. Van a sonar las 9 de la noche, “ayúdame, Señor, ahora que despunta la luz del nuevo día”, zumba el teléfono, ¿está muriéndose el señor?, que me espere tantito, ahora voy, una pareja de novios se asoma tímidamente, ¿se puede? Dios mío, ¿a qué horas voy a preparar la homilía de mañana?

(Habla la voz de la conciencia: Esto te sucede cada sábado. Dejas, al último, ministerio tan importante. Organiza tu tiempo).

No se preocupe, querido padre Nicanor. ¿No estudió cuatro años de teología en el inolvidable seminario? ¿Se le hace poco lo que ha ido almacenando con sus lecturas, el trato con las almas, sus largas horas de oración ante el sagrario?

Además, usted es un asiduo asistente de cursillos. Este año asistió a la “Semana de Reflexión sobre las virtudes morales”; luego al “Seminario de computación al servicio de la pastoral”; y hace unos días, al

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

"Curso de actualización del Profeta Habacuc", que tiene usted fresco, como que se realizó en Cancún. Playas y mares, bendecid al Señor. Cetáceos y peces, sobre todo si son a la plancha, bendecid al Señor. Cuenta usted con la luz de lo alto, como los apóstoles que "llenos del Espíritu Santo, comenzaron a hablar", frase del libro de los Hechos, que el sacerdote y poeta mexicano Manuel Ponce tradujo en estos leves, intensos versos:

"Con el vino del Amor todos se hicieron lenguas".

Nada mejor para una imperfecta homilía que la confianza en Dios y en uno mismo. Los mediocres se preparan, los genios improvisan. Aunque Paderewski pensaba lo contrario: "El genio se forma en un diez por ciento de inspiración y en un noventa por ciento de transpiración".

—No creas, me confesó el padre Nicanor con humildad de primer grado, tal como la jerarquiza el padre Alfonso Rodríguez en su conocido libro. Cuando yo era sacerdote joven, preparaba mis homilías como Dios manda, la Biblia, mis libros, mis notas, papel y bolígrafo, el esquema, la redacción de los puntos principales, la memorización del plan, la entrada, oye, qué difícil es comenzar una homilía, lo único que le supera en dificultad es el aterrizaje; ya parece que uno va a terminar y nada, otro párrafo y otro, los frenos no funcionan, luego el panzazo.

Después me confiaron la parroquia con el trabajo que requiere y, por desgracia, se confía uno en la experiencia, cree que lo sabe todo y que basta una simple lectura del evangelio para lanzarse enseguida a la predicación, salga como salga, para llenar el expediente y salir del paso.

Claro que las ovejas que te escuchan se dan cuenta de inmediato de que no preparaste la homilía. ¿Que cómo lo saben? Por lo enmarañado, lo extenso ad infinitum y lo aburrido de la perorata; por la dispersión y repetición de ideas, por las dificultades en tomar altura, el motor que no arranca, las bolsas de aire .en el trayecto, las piruetas para hacer tierra y la catástrofe de un auditorio pasivo, melancólico y desinteresado. Aquí reina el dios Morfeo, Su Majestad la Rutina. Huele a viejo. El smog se filtra entre las nubecillas de incienso. Ausencia de renovación bíblica y teológica. No hay ni dominio de sí mismo, ni dominio del tema, ni dominio del auditorio.

Y, para colmo, ausencia de cuanto pasa aquí y ahora, a diez mil kilómetros de la humanidad, cual cohete lanzado de Cabo Cañaveral. No cuenta el hombre concreto, ni los signos de los tiempos, ni apenas la palabra de Dios.

—Amadísimos hermanos en el Señor...

(¿De veras amará a su hermano el predicador que, en vez de iluminarlo y enfervorizarlo, lo cansa, lo arrulla y cloroforma?).



CAPÍTULO II Preparación remota de la homilía

Aquí se explica lo que el lector verá. Le ofrecemos una taza de café. Garantizamos que el café está como el infierno: negro, caliente y a sorbos. —Dejémonos de discusiones bizantinas.

El conferencista bebió un trago de agua. El salón hervía de sacerdotes. Semana de Pastoral Didáctica. Silencio de cigarrillos y plumas fuentes. Diez sabores distintos de tabaco. Y el cáncer tras las sotanas.

—Ustedes recuerdan las dos opiniones extremas. La primera afirma que la elocuencia es don innato. Se nace predicador como se nace mexicano, alto, bizco, negro o lampiño. Cuestiones de naturaleza y gracia. Platón y sus satélites lo explican como un furor divino, un demonio, un ángel o, si queréis, un duende. Surge la elocuencia como el canto del pájaro y el agua del manantial. “Un agua clara con sonido”.

Predestinación: unos nacen para abrir la boca y otros para tenerla cerrada. Al que le tocó, le tocó. La segunda opinión enseña que la oratoria es hija legítima del ejercicio o hija única del entrenamiento. El predicador se hace. No hay más duendes que el esfuerzo.

La realidad es mucho más compleja que la postura simplista de estas dos teorías. Es cierto que algunos poseen dotes naturales, desde la simpatía de la presencia, la riqueza de la imaginación, la buena memoria, el aplomo y la audacia, hasta el magnetismo de un gallardo timbre de voz. Ay, la rosa sin agua se marchita. Y yo creo más en el agua que en la rosa. “Si el primer verso lo dan los dioses, los demás hay que hacerlos”. Bien dicho, Paul Valéry. La facilidad natural para hablar, para predicar, es como la porcelana, bella pero frágil. Se pierde por la ociosidad. Se perfecciona por la práctica. El predicador nace, pero también se hace. Demóstenes, el tartamudo, supo que la voluntad puede más que la naturaleza.

El conferencista volvió al vaso de agua, miró cómo latía la tarde y su reloj más allá de los cristales. Lo que quedaba de cristales, gracias al smog clerical de los cigarrillos. Y luego no quiere la clerecía que la tachen de oscurantista.

—Dejemos las discusiones teorizantes.

El hecho es que el sacerdote está puesto en el mundo para ser voz, portavoz, magnavoz, estereofonía y hi-fi, altoparlante y resonador, equipo de sonido por dos o tres bocinas, entre más mejor. Se nace sacerdote, se hace sacerdote uno para prestarle a Cristo otros labios, caja de resonancia del evangelio, misión de

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta



pregonero y destino de heraldo. Tu nombre es profeta. Habla. Tienes que hablar, no hay posibilidad de excusa o de mudez. La única alternativa que te queda es la de aprender a hablar. Lo exige la palabra de Dios que debe ser anunciada de una manera conveniente y eficaz. Lo exige el pueblo de Dios que tiene derecho a ser educado en la fe, respetado y tratado con honor.

Sentarse en el ambón o subir a la sede... (carcajada general que despertó a media docena de piadosos “oyentes”). Sentarse en la sede o subir al ambón sin prepararse es tanto como tentar a Dios. Dictum vel factum quo quis explorat an Deus sit potens, sapiens et misericors. Pura presunción, pereza cavernícola o temeridad de 18 kilates.

Si todo mundo entrena para estar en forma, el futbolista y el cantante, el ingeniero y el dentista, el torero y el actor, ¿por qué sólo el predicador se da el lujo de despreciar la preparación que en definitiva es el único requisito para decir una buena homilía? Tanto más que la homilía va siendo el último recurso que nos queda para evangelizar al pueblo. Entre el profeta y los fieles hay aún un puente de comunicación. No seamos nosotros quienes por frivolar con la palabra y el pueblo, hagamos volar el puente con una bomba, no diré de mano, sino de dientes para fuera.

Fue la primera ovación de la tarde. Los sacerdotes abandonaron el salón con estrépito pentecostalista en platicaban en los corredores los celosos párrocos, los busca de aire libre y una taza de café. Confundidos intrépidos vicarios parroquiales, numerosas chamarras y un alzacuello solitario, los prudentes curiales, el eternamente joven señor deán, los etéreos capellanes de monjas, los enigmáticos pro sinodales, los bravíos capellanes de plazas de toros, sus señorías los pausados y venerables canónigos a quienes Dios prospere por luengos años, todo el presbiterio charlaba, la antología mayor de la diócesis conversaba con mansa cordialidad y pulida verba.

En corro aparte y cafecito bienoliente, disfrutaban con ánimo sabroso Ángel María Garibay, Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, Octaviano Valdés, José Luz Ojeda, Antonio Brambila, Carlos González Salas, Aureliano Tapia Méndez, Luis Fernando Nieto, Juan Manuel Galaviz, Francisco Alday, Manuel Ponce, Moisés Montes, Alfonso Castro Pallares, Senén Mejjic, Fray Jerónimo Verduzco, con fama de escritores todos ellos, flor y nata, tangiblemente carismáticos como para alabar a Díos que “exaltavit hiumiles”.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta



En esto la campana anunció la segunda conferencia. Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles. —Estimados hermanos. Comenzará por leer a ustedes una página de Fulton J. Sheen. “,Cuánto tiempo lleva preparar un discurso, una homilía? ¿Qué tiempo se invierte en una charla por televisión? Unos treinta o cuarenta años, esta es la preparación remota. En servir la comida a los sesenta pasajeros de un avión se emplea solamente una hora, o quizás menos. Pero en realidad, la preparación de la comida requirió meses o años. Pensad en lo que se tardó en cultivar las zanahorias, en criar los corderos, en obtener las patatas y en madurar las manzanas. Del mismo modo, un buen discurso requiere una tremenda preparación remota, y esto exige tres cosas: estudio, estudio y estudio. No hay acortamiento posible.

Delacroix dijo alguna vez que Rubens no es sencillo porque no trabajó. No hay estilo sencillo, sólo hay estilo simplificado. Hay que estudiar ciencias, literatura, historia, filosofía; han de sacrificarse muchas horas de vida social para permanecer a solas con los libros. Los libros son los mejores amigos que hay en el mundo. Cuando los coges y los abres, siempre están dispuestos a facilitarte alguna idea. Cuando los dejas, no se enfadan.

Cuando vuelves a tomarlos, parecen enriquecerte todavía más”.

No sé si ustedes leyeron en sus años de humanidades —como las golondrinas de Bécquer, “ésas no volverán”— las Instituciones oratorias de Quintiliano. Dice que para obtener un orador hay que cuidarle desde la pilmama. La pilmama del predicador, nodriza o más bien madre fecunda, es el seminario. El seminario constituye la verdadera preparación remota de la homilía, que naturalmente ha de continuarse a lo largo de la vida sacerdotal.

Esta preparación, no diré remota sino más bien básica, consiste en equipar al orador de cuatro valores esenciales: la virtud, la cultura, las técnicas de comunicación y la experiencia. Mezclen ustedes estos cuatro ingredientes, agítenlos bien hasta que se compenetren unos con otros, y obtendrán el coctel apetecido, el perfecto predicador de homilías. Después, el que quiera, puede añadir cubitos de hielo y ginebra al gusto.

En cuanto a la cultura, es claro que el sacerdote debe ser especialista en lo suyo, en eso que los antiguos tratados llamaron “las fuentes de la predicación”: Biblia, teología, liturgia, pastoral, documentación pontificia. Y todo ello renovado, actualizado, puesto al día, o el predicador se quedará sin reservas. Podrá

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

ilusionar al público uno o dos domingos, luego se descubrirá su pobreza. Como no hay mercancía en la bodega, tampoco en el mostrador.

A la cultura teológica añadirá la cultura general. Ciencia de Dios más ciencia de los hombres. En cualquier momento podrá echar mano de un rico arsenal de conocimientos, datos, frases, ideas, estadísticas, imágenes, anécdotas, los mil y un recursos a pedir de boca. Nada estorba y todo sirve. Conozco un sacerdote que apenas recibe su mensualidad, luego separa el dinero destinado a libros. Esto se llama saber gastar y de retache saber preparar las homilias.

En cuanto a la experiencia, es claro que no se habla, que no se predica igual si se es actor o se es espectador, testigo de los hechos o informado a control remoto. La experiencia de la vida sacerdotal deposita en el alma unos tesoros más reales que la letra muerta de los libros, como que son trozos de vidas, la propia y las ajenas, pulpa fresca, palpitations de hombre, su misterio, cosas de Dios audibles y tangibles. Qué caudalosa fuente de predicación, la vida.

Los predicadores jóvenes pueden poseer un estilo, ideas interesantes, acopio de cultura, perfección formal; el peligro estribaría en hablar al aire, quedarse en verbalismos y teologías abstractas que jamás llegarán al hondón del auditorio, porque ni tienen la verdad de la haga ni el ardor de la brasa, la convicción profunda, la huella dolorosa amorosa que deja al pasar la rueda de la vida.

Por fortuna la experiencia no es tanto contabilidad de calendarios cuanto profundidad de alma. No la casualidad de vivir, sino la ciencia de saber vivir. Lo importante es que el sacerdote joven sepa anticipar el otoño y el sacerdote viejo no dejarse arrebatar la primavera.

¿Cuál es la mejor homilía del mundo? La que fluye de la virtud, la cultura, la experiencia y las técnicas de la comunicación. Cuatro afluentes para un río. ¿La peor de todas? La que sale al templo sin haber pasado por un reclinatorio, un escritorio, una vida y un taller.

Si fuera preciso suprimir tres de los cuatro ingredientes, bastaría dejar la virtud, la santidad. Con ella sola el mundo seguiría percibiendo a Cristo.

Francisco de Asís quería construir un convento. ¿Dónde exactamente? Llamó a un niño de cuatro años. Que arroje al aire un tizón. Donde el tizón caiga, edificaré yo. El niño aventó el leño encendido que una

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

ráfaga de viento llevó lejos. Lejos. La mano puede ser del niño. Si la brasa está encendida y un gran viento la lleva, para la palabra del sacerdote no hay distancias.



Capítulo III Preparación próxima de la homilía

CAPÍTULO III de XXI

Se suceden las estaciones del año. Aparece Dios dirigiendo un concierto y un sacerdote rojo. Postdata sobre el semáforo.

Todo cuanto sucede bajo el cielo, observa un ritmo, como lo atestigua este precioso párrafo del Eclesiástico: “Hay tiempo de nacer y tiempo de morir. Tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo que se plantó. Tiempo de derribar y tiempo de edificar. Tiempo de llorar y tiempo de reír. Tiempo de luto y tiempo de gala. Tiempo de abrazar y tiempo de alejarse de los brazos. Tiempo de callar y tiempo de hablar. Tiempo de guerra y tiempo de paz”.

Ritmo: orden acompasado de la sucesión de las cosas. Ritmo de la vida humana: infancia, juventud, adultez, ancianidad. Ritmo: la naturaleza: primavera, verano, otoño, invierno. “Las cuatro estaciones” del gran músico, el padre Antonio Vivaldi a quien llamaban “il prete rosso”, el sacerdote rojo, por el color del pelo. Todo es ritmo, lo misma la historia del grano de trigo que el universo entero, esta inmensa sinfonía bajo la batuta de Dios, el Dios concertista que evocó san Agustín.

No se debe preparar una homilía sin observar un orden acompasado que podría ser, por ejemplo, el siguiente:

1. Elegir el tema

Es el primer peldaño de la escala de Jacob. En realidad, el predicador no elige el tema de su homilía, no es libre de hablar de lo que quiera, ni menos para presentar sus propias opiniones o las que complazcan al auditorio. No debe preguntarse: ¿de qué voy a hablar? Sino: ¿qué me dice hoy la palabra de Dios?

Aunque el predicador no debe fijar el tema de la homilía según sus personales arbitrios, puesto que se lo impone la liturgia misma, sí puede destacar, subrayar, glosar, explicar con mayor calma, tal cual pensamiento que aflore en los textos bíblicos, cuyo tratamiento queda indiscutiblemente a su libertad. Sin poder inventar el tema de la homilía, es claro que el desarrollo y aplicaciones pertenecen al dominio de su personal invención, de acuerdo con las necesidades del auditorio. Lo que importa es una doble fidelidad, a la palabra de Dios y al pueblo de Dios.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

Desde el principio de su evangelio, san Lucas manifiesta su convicción de ser —como todo predicador debe serlo— “un servidor de la Palabra” (Lc 1, 2). A su vez, los apóstoles, en el libro de los Hechos(6, 4), consideran la predicación como un servicio a la Palabra: “diaconiía tou Lógon”.

Habrán casos en que los signos de los tiempos, la urgencia del problema humano o pastoral de los fieles, las circunstancias impostergables del momento, exijan al predicador cómo dejar los textos bíblicos en un segundo plano para que aflore de lleno la urgencia que apremia al pueblo. Pero cualquiera que sea este problema y esta necesidad, el predicador podrá encontrar siempre en la palabra de Dios, la luz necesaria que oriente la problemática del hombre. En realidad, se trata más bien de planos y técnicas preferenciales, o partir de la palabra de Dios para aterrizar en el problema humano, o partir del problema del hombre para desembocar en la luz de Dios.

El peligro de la elección del tema radica en la pereza o irresponsabilidad del homileta, cuando no quiere o no acierta a elegir el argumento, cuando escoge cualquier cosa facilona y llamativa, cuando a fuerza encaja el tema que ya tenía preparado o con el que puede sortear el trance y aun lucirse y alardear.

2. Precisar el tema.

Ahí tienes en su escritorio al padre Nicanor, calvicie prematura, el reflejo de la lámpara afina su nariz numismática. Ha terminado de leer las tres perícopas de mañana, fiesta de Pentecostés. Casulla roja. Le encanta el color rojo, un tiempo fue capellán de la plaza de toros. Los Hechos de los Apóstoles, la epístola de san Pablo y el evangelio de san Juan. Una cosa es clara, no puede hablar el domingo sino del Espíritu Santo. ¿De qué precisamente?

¿Predicará de Pentecostés como el don universal del mundo o como el don íntimo de las almas? ¿Se decidirá sobre la asistencia del Espíritu Santo sobre la Iglesia o por su inhabitación en los justos?

¿Hablará del fuego o del rocío, cantará a la luz o a la fuerza?

Cruzan ideas, pasan libros de teología, sumas, homiliarios, masas de ideas, el oleaje estallando en las rocas. Dejad al padre Nicanor con sus cavilaciones y encomendadlo al Espíritu Santo. Hay que decidirse por un aspecto de cuantos ha contemplado. Por uno, no por varios. Es preciso poner límites, esto sí y esto



no, sacar del mar un cuenco de agua y vaciarlo en un agujerito, condensar el tema en una idea especificada y definida, y no salirse de ahí.

El padre Nicanor se cala unas gruesas gafas de carey, la pluma en alto —nunca se ha podido avenir con las computadoras—, los profetas mayores lo asistan, entrecierra un ojo, cavila, duda, se decide. Sobre la libreta de apuntes ha escrito con letra de floridos arabescos: El Espíritu Santo, huésped de las almas. Vencerá la tentación de tratar de otros temas hermosos. Vade retro.

¿Ventajas de precisar el tema y hacer girar la homilía en torno de una sola idea? Ventaja cronológica: no hay tiempo para más. Ventaja pedagógica: el auditorio no suele asimilar muchas ideas. Más vale dejarle una que la comprenda, convenza y viva. Sí, un solo clavo y muchos martillazos hundiéndolo hasta que penetre.

3. Prever el fin.

Porque el fin es el principio. “Finis est primus in intentione”. Saber a dónde va uno, a riesgo de tomar el autobús equivocado. La homilía no es una clase de Biblia o teología. No es un ejercicio de exégesis que explique textos difíciles y oscuros. No es una explicación catequística. No es una denuncia, sino esencialmente el anuncio de un evangelio que significa “noticia gozosa”; la denuncia es consecuencia del anuncio. No es una historia antigua: “en aquel tiempo”, sino una vivencia actual. No es un método de oración.

¿Qué pretendo conseguir con lo que voy a predicar? ¿Qué me propongo concretamente con esta homilía? Contéstatelo a ti mismo. La fijación del fin es ayuda tan importante, que sólo así el predicador podrá darse a la búsqueda del material predicable, preciso y adecuado.

Son fines de la homilía:

1) la evangelización, la enseñanza o didascalía de la palabra de Dios, tal como procedió Jesús con los discípulos de Emaús: “Empezando por Moisés y todos los profetas, les explicaba lo que las Escrituras decían de El” (Le 24, 25);

2) la homilía no se contenta con que los fieles sepan más cosas de su fe. De la iluminación de la inteligencia, el predicador debe llegar a convencer al auditorio, persuadirlo, mover su voluntad, suscitarle propósitos de

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

conversión y vida nueva; tal es la paráclisis o parénesis. San Antonio de Padua, bautizado con el nombre de Fernando en su natal Lisboa, predicaba con tal fuerza de convicción que, si hablaba contra el robo, venían los ladrones a entregarle los hurtos. Homilía: luz y vida, como la autodefinición de Cristo, “yo soy la luz, yo soy la vida”.

4. Prever el auditorio.

Desde el silencio soledoso de la mesa de trabajo en que preparamos la homilía, es preciso suponer el auditorio que nos escuchará. No hablamos en el vacío infinito de la luna, decimos algo concreto de Dios a personas concretas. ¿Quiénes serán? Tal vez un auditorio campesino, tal vez religiosas de clausura, tal vez la misa de niños o de jóvenes; pero generalmente auditorio espeso y una masa heterogénea en sexos, edades, conocimientos religiosos y profanos. Niños lactantes, muchachos deportistas, vejezuelas medio sordas, un político de añadidura, amas de casa, tres abogados. He aquí la enorme dificultad: ¿a quiénes nos vamos a dirigir?

5. Atender los signos de los tiempos.

Para preparar una excelente homilía, se precisa la Biblia y el periódico del día. Lo que dice Dios y lo que dicen los hombres. Si el predicador no está atento a lo que acontece en su contexto histórico en sus tres círculos —local, nacional, mundial—, la homilía será inconcreta e intemporal, sin referencia al hoy y al aquí. Los fieles suelen escuchar el planteamiento y solución de sus problemas fuera de la Iglesia; en la escuela, en boca de líderes sociales y políticos, y mucho más en los medios de comunicación social: y todo porque la homilía no ilumina con la segura luz del Evangelio.

6. Estudiar el tema.

Hurgar en los estantes, ir sacando los libros, éste de lomo verde, el comentario de la Biblia, aquella teología, el gordo volumen de liturgia, los documentos conciliares, los apuntes, el fichero, la revista que trajo el correo hace una semana. Reunir el material, consultar los autores que han tratado el tema que ahora nos preocupa, leerlos con el lápiz en la mano. Tomar ideas, tomar notas. Hágase la luz.

"Si no estudiáis, callaos", fulminaba el Cardenal Saliége a los predicadores. Y san Francisco de Sales: "El estudio es el octavo sacramento de los sacerdotes".

¿Qué pensar de los antiguos sermonarios, de los actuales guiones homiléticos? Cualquier rama sirve de bordón al ciego. Es necesario tenerlos y utilizarlos, sin exigir más de lo que pueden dar. Y lo que dan no son homilías, sino pistas, semáforos, señales, puntos de referencia, fatalmente impersonales e inconcretos, simple materia prima en espera del predicador que sepa insuflar la forma sustancial. Contienen doctrina sólida, ni quien lo dude, pero envitrinada y fría, un poco de museo. Habrá que calentar esos huesos, revestirlos de calor de vida y encaminar esas ideas hacia un auditorio real en vista de un fin concreto.

La consulta de estos sermonarios, que son un mal menor, no dispensa al orador ni de su propia originalidad ni de la consulta a los libros teológicos; por la ley del menor esfuerzo, no faltan algunos sacerdotes que, en lugar de ir a las fuentes, se contentan con hojear el sermonario o los guiones homiléticos que se publican en ciertas revistas. "Leen apresuradamente las páginas escritas por quien sea y para cualquier auditorio — escribe Michonneau—, visten a sus feligreses con este traje de confección y los alimentan con productos en conserva".

No confundamos la pierna y el bordón. Los guiones homiléticos, por otra parte hechos casi todos en el extranjero y pensados para otra mentalidad y circunstancia, sean bienvenidos como servicio, jamás como servidumbre. Tanto más que entre la letra impresa y el predicador que habla creando su palabra, apenas queda algo en común. El agua estancada no es el agua que fluye.

7. Reflexionar sobre el tema

La consulta de los libros y el parecer de los sabios no dispensa de la propia reflexión, esta abertura del alma, serena y profunda, sobre los textos bíblicos, no sólo como actitud meditativa de la inteligencia, sino además como saboreo del espíritu, puente de comunicación entre el predicador y Dios, asunto de recogimiento y oración.

Este es el ritmo más intenso de la preparación de la homilía y el más seguro en su eficacia sobrenatural. La homilía estudiada desemboca en una excelente explicación. La homilía orada, en un instrumento de salvación. "Mi palabra y predicación — escribe san Pablo a los Corintios—, no fue con persuasivas palabras

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

de sabiduría, sino con demostración del espíritu y de fuerza, para que vuestra fe no estribe en sabiduría de hombres, sino en la fuerza de Dios”.

8. Trazar un plan

Quienes han escrito sobre oratoria y predicación coinciden exactamente en esto: preparar bien una homilía es ante todo organizarla, delinear un esquema previo, fijar el desarrollo de sus pasos principales, señalar un orden y una ruta para la marcha.

Para que la homilía no se te vuelva, como sucede tan a menudo, un montón de palabras vagas, ideas inseguras, conceptos sueltos sin engranaje, debes crear un plan —hábil, sencillo y progresivo—, planear bien qué quieres conseguir, pensar los dos o tres puntos que deseas exponer. Vale la pena esta página de Mac Burney y Wrage en su libro El arte de bien hablar. “¿Quién no ha pasado un mal rato escuchando una conferencia que no tenía pies ni cabeza por falta de organización o plan de la clase que fuera? ¿Y quién no ha tenido ocasión de oír un relato que hubiera podido ser bueno y que ha quedado estropeado por la falta de orden en su explicación? No pretendemos que sea necesario ir explicando pedantescamente la estructura del discurso a medida que se va pronunciando, pero a todo mundo le gusta saber de qué le hablan. Un esquema que aclare la significación general del discurso es esencial. Si además de claridad, se logra organizar el tema en una forma interesante y artística, el valor del discurso es aún mayor. No cabe duda de que la mayoría de la gente prefiere un predicador que partiendo de un punto, se dirige a otro, recorre un trayecto determinado y no se pierde en rodeos. Más aún, nos gusta que el camino sea razonablemente perceptible y no demasiado tortuoso, y que el viaje valga la pena. Cuando no se reúnen estas condiciones, el auditorio suele dejar que el orador haga el viaje solo”.

¿Cómo hacer el plan de la homilía?

Primero, seleccionar. Como ya hemos precisado el tema, ceñirnos exclusivamente a él rechazando sin piedad cuanto no le esté relacionado. “No basta que una cosa sea bella, decía Pascal, es preciso que sea apropiada al asunto”.

Segundo, dividir. Repartir nuestro material en grupos convenientes, que naturalmente han de ser una introducción, el cuerpo de la homilía partida en no más de dos o tres puntos y la conclusión.

<http://formacioncristianaevangeliiigaudium.com/> Email: evangeliiigaudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta



Tercero, relacionar una parte con otra, de suerte que estén encadenadas, sistematizadas, en un orden lógico o psicológico, y una siga naturalmente a la otra.

Bien decía Racine después de haber dispuesto el esquema de sus obras dramáticas: “Ya concluí la obra, sólo me falta escribir los versos”. De la estrategia del plan surgirá el orden, la claridad, la inteligibilidad y aun el tiempo conveniente que ocupemos en decirla. Homilía sin plan previo equivale a desorden, repetición, oscuridad, largura. Una homilía improvisada es siempre larga. Lo que falta a los oradores en profundidad, lo dan en longitud.

¿Es necesario escribir la homilía?

Volvemos otra vez a la antigua controversia de Alcídamente y Lisias: improvisación vs. escritura previa. Las dos soluciones se apoyan en oradores de cinco estrellas, lo que significa que ambas pueden ser eficaces. Sin embargo, reconozcamos en un plan teórico que la esencia de la oratoria se realiza más perfectamente en la improvisación que en el discurso previamente escrito y repetido luego en alta voz.

No descartamos la utilidad y seguridad que ofrece a los sacerdotes que comienzan a ejercitarse en la predicación, la redacción de la homilía como un entrenamiento temporal, jamás para toda la vida, y a condición de no atarse a la pesada servidumbre de un texto fijo que los convierta en predicadores-fonógrafos.

El camino ordinario, seguro y práctico, consiste en memorizar el esquema, un esquema suficientemente matizado que no olvide considerar ni el principio ni el final de la homilía. Apoyado sólo en este esquema, el predicador improvisa el desarrollo y la forma ante el auditorio.

He aquí el secreto de la homilía. Dime cómo te preparas y te diré cómo predicas.

Centro Arquidiocesano
De
Formación Cristiana

Capítulo IV Preparación en equipo de la homilía

CAPÍTULO IV de XXI

De las ventajas de preparar en equipo la homilía. Aparecen ocho sacerdotes, un laico y las benditas ánimas del purgatorio.

Decidieron reunirse cada jueves para preparar en grupo la homilía y precisamente en el seminario para acordarse de sus tiempos. Jean Cocteau escribía: “Siempre canta bien quien canta posado en su árbol genealógico”.

Era un grupo, digamos, juvenil de caras; pero ¡ay!, todos con diagnóstico de calvicie, excepto Salvador, de melena semibitierjana. José Luis, dueño de tres carismas, vicario cooperador en el suburbio, nariz de águila bicéfala y guitarrista por añadidura. Ricardo, constructor de templos y contribuyente de la polución ambiental, por donde pasaba iba regando bravías bocanadas de puro, de puro humo. Baltasar, teólogo de avanzada, afecto al queso holandés y al clima primaveral de Cuernavaca. José Pescador, vicario de religiosas, lleno de ontológica preocupación por las esposas del Cordero. Baudelio, desparpajado y dicharachero, capellán de una escuela de estudiantes medios. Rodrigo, alto funcionario de la mitra, chaleco de ejecutivo, portafolio de publrrelacionista. Y el párroco don Carlitos, anciano honoris causa.

De don Carlitos se contaba que, en cierta ocasión, que mandó al señor Obispo un oficio para solicitar una dispensa de impedimento de afinidad en línea colateral de grado primero mezclado con grado segundo, pues se trataba del casorio de un viudo con la sobrina carnal de la finada, don Carlitos concluyó el petitorio con lo que él creía la fórmula burocrática de rigor: “Dios me guarde de su ilustrísima por largos años”. Por largos años lo mantenía en vida el que es Todopoderoso y el frasco de multivitaminas, desde que reinaba en la cátedra de Pedro, san Pío X. No contaba los años que tenía, sino las encíclicas que había ido recibiendo. Tenía de edad 67 encíclicas, sin contar los documentos conciliares.

Con los ocho sacerdotes acudía con puntualidad no ciertamente mexicana, pues llegaba al golpe del segundero, el doctor José Miguel Torre, experto en cardiología, y otras especializaciones ultracientíficas.

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Don Carlitos abría la sesión con las preces de costumbre, la costumbre de él, que era un Padrenuestro, un Avemaría y un Credo de propina por las benditas almas del purgatorio.

¿Cuántas personas deben integrar el equipo? No más de doce. Porque se trata de un grupo de estudio y reflexión en el que cada uno de sus miembros pueda intervenir. Un grupo numeroso atomiza la participación y el clima de intimidad, de intensidad que el estudio requiere.

¿Quiénes deben integrar el equipo? El equipo ideal es el que reúne sacerdotes y laicos. Los laicos pueden ayudar tanto con sugerencias en la preparación de la homilía como con opiniones acerca de las homilias que escuchan, como que ellos son sus naturales destinatarios.

Pensamos también en la conveniencia de un grupo pluralista de sacerdotes que van a predicar en comunidades y celebraciones distintas en vista del mayor enriquecimiento mutuo.

Puede invitarse, de vez en cuando o para cada sesión, a algún sacerdote experto en Biblia, teología, liturgia, pastoral, psicología, ciencias de la comunicación que auxilie con sus conocimientos teóricos o prácticos. Sin embargo no conviene que la reunión se inicie dando la palabra a uno de estos peritos, pues la conversación que sigue puede quedar muy condicionada por lo que aquellos expertos digan y tomar un rumbo descaminado; lo mejor es que intervengan al final o cuando el grupo se atasque en algún bache.

Se requiere un moderador flexible y ordenado que conduzca la reunión dentro de una atmósfera de atención amistosa de todos hacia todos, que suscite la intervención de cada uno, que no descarte ninguna aportación valiosa, que evite los retrasos y los avances a destiempo, verdadero capitán de fútbol que impulse al equipo hacia la meta.

El primer empeño del moderador ha de consistir en establecer, de acuerdo con el grupo, la metodología del trabajo. A qué horas empezar y concluir. Cómo se va a desarrollar la sesión. Cómo se va a tomar la palabra. Un mínimo de formalidades, o se pierde el tiempo y la oportunidad.

Una condición previa, el compromiso de que cada cual vaya preparado a la reunión. Si todos llegan partiendo de cero, la reunión, júrelo usted, será dilatadísima, cansadísima y algún otro epíteto en ísima. La deserción es previsible. Si algunos acuden "tamquam tabula rasa", serán lastre y rémora de los otros, los responsables que sí se prepararon.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

He aquí lo que podría ser el esquema de la reunión, según las pistas de Luis Maldonado en El Menester de la Predicación.

1. Lectura. Primero se leen en español las tres lecturas de la misa, tal como aparecen en el misal, tal como lo van a escuchar los fieles.
2. Personajes. Concluida la lectura lenta y sabrosa, el moderador plantea una pregunta sencilla a todos los reunidos: ¿Qué interlocutores o personas intervienen en estos pasajes? ¿Cuáles son los que aparecen en primer plano y cuáles en segundo? Los participantes emiten sus opiniones que se contrastan entre sí.
3. Género literario. ¿A qué género literario pertenece el texto? ¿Es narración de un milagro, una parábola, un himno, una exhortación parenética, una confesión de fe, un catálogo de virtudes, de pecados...?
4. Tres contextos. ¿En qué contexto se encuentra este pasaje? Es necesario situar la perícopa:
 - a) en su contexto bíblico para la mejor clarificación del contenido.
 - b) en su contexto litúrgico para establecer la relación entre el pasaje de la Biblia, y el misterio que celebra el ciclo litúrgico.
 - c) finalmente el contexto histórico. ¿A qué problema de la comunidad responde el texto bíblico? ¿Cómo y dónde se plantea hoy un problema análogo?
5. Tema central. ¿Cuál es el mensaje del texto, su núcleo central, la idea capital que encierra? De los diversos temas o subtemas, ¿cuál es el centro de gravitación de la homilía, teniendo en cuenta la comunidad a la que va dirigida?
6. Reflexión sobre el tema central. Una vez que ha aparecido el eje de la predicación, es necesario reflexionar tanto en las lecciones e implicaciones que encierra el tema central para el cristiano de hoy, como en los objetivos que se propone el predicador. Sea que prefiera llevar a los fieles a una nueva comprensión de la fe —“docere”— o movilizar su decisión para un mayor compromiso —“movere”—; o suscitar el gozo y la alegría —“delectare”. No es que se hayan de separar estas tres metas, sólo se trata de acentuar una más que otra, según convenga en cada caso.



7. Esquema escrito. Al término del coloquio, es muy útil formular por escrito, en frases sencillas, el mensaje y la exhortación correspondiente al mensaje. No serán tesis abstractas, sino reflejo del clima del coloquio y eco en el cual resuenen las orientaciones, aplicaciones y actualizaciones emitidas.

8. Elaboración personal. La preparación en equipo de la homilía no excusa del trabajo individual. Después de la reunión, el predicador entra en la fase de la meditación, de la elaboración personal, puesto que es él con su propio estilo y recursos quien va a decir la homilía, sin olvidar desde luego las líneas descubiertas a través de la conversación comunitaria. ¿Cómo va ganarse a los oyentes? ¿Cómo va a empezar o concluir?

9. Crítica. Es necesario que, si no el grupo en pleno, por lo menos alguno de sus miembros escuche la homilía de otro con lo que no sólo se ayuda a un particular sino además se promueve solidariamente el bien de todos.

Georges Michonneau en su libro Hablemos de la predicación, expone este otro método más sencillo que el anterior. No sin antes ponderar la preparación en equipo de la homilía como “la gran escuela, la escuela casi infalible de donde no se puede salir más que buen predicador, al menos muy aceptable”.

El equipo debe integrarse preferentemente con los sacerdotes que trabajan en la misma parroquia. He aquí los pasos principales del equipo:

1. Al terminar la sesión semanal, se precisa el tema de la homilía del siguiente domingo.
2. Durante la semana, cada uno trabaja por su cuenta en la preparación del tema.
3. En la sesión reglamentaria, que el autor llama “el mercado de ideas”, todos aportan el fruto de su reflexión. Cada uno expone por turno lo que ha encontrado y de qué manera enfoca el tema y la forma de expresarlo.
4. Cuando todos han hablado, se hace la síntesis y el esquema definitivo de la homilía.
5. A la siguiente sesión, se hace la crítica en común de las homilías dichas el domingo anterior, bajo un clima de sencillez y confianza fraternal.

Gracias a este sistema que combina el esfuerzo individual y el del grupo, el estudio y la crítica, se logra que la predicación no sea tanto el resultado de diferentes pensamientos sumados o confrontados, ni menos una elaboración exclusivamente intelectual, sino el fruto del espíritu sacerdotal vivido por el equipo.

(Don Carlitos cerró la sesión con las preces de costumbre. Las benditas ánimas del purgatorio percibieron un suave rocío).



Capítulo V Homilias sin argumento

Donde se pondera la eficacia de las homilias sin argumento. Y se confirma lo dicho por el ejemplo de los moluscos, el Escorial el Altar de los Reyes y el fútbol de tercera división.

Un amigo trabaja para una revista transnacional. Bien pagado, como que su trabajo no es para menos. Cada mes tiene que condensar una novela de trescientas páginas en treinta. Volcar el mar en el agujerito de la playa. Extraer la médula, dejar el libro en pura radiografía, desvestirlo de sus galas, su dorado traje de noche, y dejarlo deportivamente ligero, casi “in albis depositis” o en esenciales shorts.

Un trabajo de miniaturista, éste de ir quitando hoja por hoja, pero sin tocar el tronco; pues lo que interesa es dejar intacto el argumento, esta idea central en torno de la cual giran los episodios secundarios y desprendibles. Con la lectura del argumento ya tienen los lectores superficiales para presumir de que leyeron la novela.

El trabajo que mi amigo con heroica paciencia puede realizar sobre una novela, acaso le fuera imposible hacerlo sobre una homilía. Porque si se dedica a quitarle el follaje, el tronco de muchas no aparece, por la sencilla razón de que no tienen tronco.

Hay homilias sin argumento. Homilias-molusco, invertebradas y blandengues, pasta cremosa, gelatina escurridiza. Imagínese usted una novela, un filme sin argumento.

La imperfecta homilía no tiene contenido. Vacía, vaciada de cualquier argumento claro y coherente. No dice nada, no enseña nada, no aclara nada, no activa la fe de nadie. Naranja destilada por el extractor de jugos. Cáscara seca.

Si al salir de la misa dominical, preguntas a los fieles, tan fieles como que aguantan nuestras homilias, de qué habló el predicador, cuál fue el tema de su predicación, la gente no podrá decirte el argumento en dos párrafos, ni hacer la síntesis de lo que oyó, porque lo que oyó no era reductible a síntesis.

El predicador, habló de esto y de aquello, amontonó materiales sin darles forma, se anduvo por las ramas, rozó cinco o seis ideas distintas, anduvo como mal futbolista paseando el balón por toda la cancha, pero sin introducirlo al marco donde se anota la victoria.

Homilía fácilmente oíble en cualquier iglesia. El padre, micrófono gangoso en mano, ensarta la voluntad salvífica de Dios con el bautismo, la resurrección de Cristo, la minifalda y la necesidad de una fe adulta.

Una homilía de Pentecostés mezcla la gracia santificante con el don de lenguas, la confirmación con las misiones en tierra de infieles, el ecumenismo con la parusía. Se agitan todos estos elementos y el coctel resulta delicioso.

Homilía sin tema, sin tema porque le sobran temas, porque en vez de elegir uno, claro y preciso como la línea recta, zigzaguea y ondula acumulando temas y subtemas, ninguno de los cuales va a poder desarrollar el orador, simplemente porque los ocho minutos de predicación apenas dan para desenvolver un solo tema.

La imperfecta homilía no es el triunfo de la línea recta como El Escorial, sino la apoteosis arborescente del barroco, el Altar de los Reyes, Tonanzintia, el retablo de los Arcángeles del Carmen de San Luis Potosí, donde los temas ornamentales se entrecruzan y sobreponen sin zonas francas de delimitación. En el barroco no termina un tema cuando comienza otro, de una guirnalda estalla un ángel, de un ángel surge un racimo de uvas, de las uvas se abre una concha, de la concha una nube y así el juego caprichoso hasta el infinito.

Las tres lecturas de la liturgia dominical, como una sinfonía, tienen su tema. Es preciso buscarlo. ¿De qué tratan? Resume su pensamiento esencial en una frase. Y habla de eso, solamente de eso, nada más de eso.

Voy a decir a los fieles por qué Cristo es salvador, voy a explicarles cuáles son los efectos del bautismo, o cómo deben recibir el sacramento de la reconciliación. Ahí está la homilía reducida a síntesis, el argumento escueto pero claramente delimitado, como las novelas de mi amigo. Y de ahí no me voy a salir, o me pierdo. Hablando de muchos temas, no se habla de ninguno. La mezcla de varias ideas expuestas al mismo nivel impide resaltar una en concreto. Se divaga, pero no se aclara ni profundiza el punto clave de los textos bíblicos del día. Nada de aventurarse por dudosas carreteras alimentadoras. La autopista al frente, "sempre diritto" que dicen los italianos, y llegas, seguramente llegas.

—,Cuántas misas dominicales celebran aquí, en la ciudad episcopal?, pregunté al señor obispo.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

—300 misas, me contestó.

—300 homilias, 300 mítines en favor de Jesucristo. Qué diera cualquier partido político por tener 300 mítines a la semana.

El obispo francés Dupanloup decía: “Cada domingo hay treinta mil sermones en Francia y, a pesar de esto, el pueblo sigue siendo fiel”. Aunque parece pesimista la apreciación, hoy más que nunca la Iglesia necesita de buenas homilias para que los “christifideles laici” puedan subsistir con la escucha de la Palabra; sobre todo si advertimos que la misa del domingo es la única ocasión en que un buen número de fieles se allega al templo, ya que un preocupante porcentaje de obligados no asiste a misa dominical y, por lo mismo, jamás oye la Palabra.

Como notara que la asistencia a misa dominical disminuía, el padre Nicanor puso en la puerta del templo un letrero anunciando: “Sermones nuevos, no son los que he repetido en los últimos diez años.





Capítulo VI Temas omnipresentes y temas ausentes

Se refiere así a las homilias que son disco rayado, como a las que callan melodías. Se insiste en que el ambón debe oler a oveja. No a Chanel 5.

Usted se acuerda de aquel padrecito preconiliar, él no tuvo la culpa de morirse antes del Vaticano II, que sólo se sabía el sermón de la confesión, sin humor para aprenderse otro, pero habilísimo para introducirlo en cualquier ranura.

De suerte que cuando lo invitaron a cantar las glorias del Castísimo Patriarca Señor San José, se acordó de su lógica menor aprendida con qué apuros en los verdes años de seminarista y para pronto disparó una sorites de antología, “Carísimos hermanos, celebra hoy la Iglesia la fiesta de san José. San José fue carpintero. Los carpinteros fabrican confesionarios. Los confesionarios sirven para oír las confesiones. Os hablaré de la confesión”. (Sorites: silogismo en que el predicado del juicio anterior pasa a ser sujeto del siguiente).

También algunos carísimos hermanos post-conciliares inciden en semejante manía. Más o menos repiten el mismo menú cada vez que predicán. Y si son párrocos inamovibles, la indigestión diezmará a la grey. Délo por hecho.

Insistencia hasta el hastío, monotonía hasta el cansancio. ¿Por qué? Sea por personales gustos y preferencias del orador, por la pereza en preparar otros temas, por la moda al día —pues de ella no se escapa ni el saber teológico— que va poniendo ciertos temas de relieve según se quedan otros postergados, y aun porque no es raro que algún predicador viva obsesionado por determinado tópicos del que se considera su personero, difusor, apologista y magnavoz.

El sacerdote que lleva trabajando diez años con el laicado apostólico es claro que habla a cada paso del sacerdocio bautismal; y que el otro que jadea entre alcohólicos anónimos, se dispare contra la ebriedad hasta en la homilía de la Purísima; y que el catedrático de Historia de la Iglesia suela predicar con base en Constantino, las Cruzadas y la Contrarreforma. De la abundancia del corazón habla la boca. Y “ubi corpus ibi congregabuntur et aquilae”.



Las cosas suelen extremarse hasta tal punto, que en una parroquia de cuyo nombre no debo acordarme, dotada de párroco, vicario parroquial A y vicario parroquial B, los fieles acertaban en sus pronósticos, la quiniela no tenía pierde; pues si aparecía en el altar el vicario A, estaban seguros de que hablaría sobre el testimonio bautismal; si era el vicario B, podrían esperar un discurso sobre el tema “todos somos Iglesia, no sólo el papa y los obispos”; y si el párroco en persona ascendía al ambón, por sabido se daba una perorata en contra del cine pornográfico, pero a favor de los diezmos y primicias.

El egoísmo de los gustos personales sin atención a las necesidades generales del sufrido pueblo de Dios, la inercia intelectual, la verificación del apotegma “cada cuerdo con su tema”, el olvido de los textos bíblicos que marca la liturgia, la moda en turno y aun la especialización de los doctos, son los responsables de pegar la aguja al microsurco hasta rayarlo de pura monotonía en detrimento de la historia de la salvación reducida a un solo capítulo, en detrimento de la liturgia eucarística de la que la homilía forma parte integral y en detrimento de los fieles obligados a escuchar cada domingo el mismo son.

Por otro lado, hay temas ausentes, marginales, silenciados, yo no diré de propósito, juzgue Dios, sino por inconsciencia más o menos voluntaria, de los que jamás habla el predicador en sus homilías.

Se irá a la tumba sin haber predicado jamás del primado de Pedro, la unción de los enfermos, o el “no mentirás”; no tendrá derecho al epitafio del Santo Cura de Ars que predicaba de todo el Evangelio con “amore - more - ore - re”.

Trabajo que deberán presentar los seminaristas para tener derecho al examen mensual de Pastoral Didáctica. ¿Cuales son a tu parecer los temas que el sacerdote no suele tocar hoy en sus homilías? Enumera los principales según tu experiencia.

—“En las homilías que me ha tocado oír en mi parroquia desde hace dos años, pues voy cada domingo a ayudar en la participación de los fieles en la misa, nunca se ha hecho referencia al tema de los santos (quiénes son, su culto, cómo imitarlos), los temas escatológicos (no he oído hablar nada del infierno, el cielo, la muerte, el juicio, el diablo, a pesar de haberse puesto de moda gracias a “El exorcista”). No se dan a conocer a los fieles los documentos pontificios ni las pastorales colectivas de los obispos. Poco se ha predicado sobre los grandes temas de la ascética cristiana y la vida espiritual, como si hubiera pasado de

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

moda nuestra vocación a la santidad. También creo que los padres no insisten en las virtudes y pecados sociales de los que todos somos responsables, como la paz, la justicia, la libertad amenazada por todas partes. Dispense la brevedad, pero espero que por favor me conceda derecho a presentar examen. Acuérdesse que usted fue también seminarista. Gracias”.

Hace algunos años, la tendencia de la homilía era más bien moralizante. Se nutría, por usar una frase todavía pedagógicamente válida, no tanto de teología dogmática cuanto de teología moral, “que trata acerca de los actos humanos en cuanto que son medios para alcanzar el fin último sobrenatural”.

Y entonces los fieles recibían tupidos consejos acerca de los pecados y las virtudes, los deberes de estado, los preceptos de la Iglesia, la casuística de cada día, los diez mandamientos de la Ley de Dios que se encerraban un poco freudianamente en dos, el sexto y el noveno.

Predicación machacona y repetitiva, al grado que la palabra “sermón” solía ser sinónima de regañada, donde a veces el Crisóstomo en turno ni siquiera explicaba la moral como ella es, positiva y estimulante, un chorro de luz para el camino, sino código exclusivo de prohibiciones, almacén de sombras.

A fuerza de predicar lo que es preciso practicar, se olvidaba lo que es preciso creer. Teología moral, sí; teología dogmática, no.

Importaba más aclarar en qué consistía el ayuno eucarístico que la Eucaristía. Y si acaso se elegía un tema dogmático, enseguida se le hallaban sus derivaciones prácticas, con lo que el dogma quedaba fuera de combate.

Centro Arquidiocesano
De
Formación Cristiana



Capítulo VII Homilias de eco

Eco: repetición de un sonido reflejado por un cuerpo duro (Diccionario de la Lengua Española). Se suplica no confundir los peces con los panes.

Cada homilía tiene su perfume. Huelen unas a sagrario, urdidas en los telares de la contemplación. Otras despiden sutiles polvillos de escritorio, muy vertebradas de teología y patrística, ex fontibus revelationis. Otras, en fin, huelen decididamente a gasolina, con lo que ha subido el precio, medio ideadas entre el ajeteo pastoral y sus anexos, en el ir y venir del hospital al seminario, del confesonario al bautisterio, de la notaría al círculo de obreros, del salón parroquial a la inspección de una barda caída, de la reunión con la Archicofradía de los Dolores a la merienda con Doña Jesusita. La prisa, su majestad la prisa. Caminata o sacerdocio contra el reloj.

No es que el padre José María sea un irresponsable de su ministerio profético, ni lo permita Dios.

El pobre se deshace, se multiplica y en caso ofrecido se biloca. Diez años de ordenación sacerdotal, capellán segundo en un santuario tapizado de peregrinos, retablos y cascarillas de cera en el piso. Todo por un Cristo doliente y ensangrentado.

El padre José María también tiene su perfume. ¿Agua y jabón, chanel, lavanda de azahar? A juicio de las vejezuelas de la misa de seis de la mañana, el padre Chema vive en olor de santidad. Pero la prisa. Trabaja por seis. Hormiga, abeja, pájaro carpintero. El celo de la casa de Dios lo devora.

Comed it me, podría ser el lema de su probable episcopado o el epitafio de la segura tumba. No se da abasto entre esas oleadas de romeros que vienen a pagar sus mandas, a dejar muletas los antiguos semiparalíticos, a llorar sus pecados las ex-magdalenas. Y con esto y con aquello, llega la misa de seis de la mañana. Domingo 21 después de Pentecostés.

—Lectura del Santo Evangelio según San Mateo (14, 15-21).

—Gloria a ti, Señor.

—“En aquel tiempo, al caer de la tarde, sus discípulos se llegaron a Jesús diciéndole: El lugar es desierto y la hora es ya pasada, despacha a esas gentes para que vayan a las poblaciones a comprar que comer.

Pero Jesús les dijo: No tienen necesidad de irse, denles ustedes de comer. A lo que respondieron: No

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta



tenemos aquí más de cinco panes y dos peces. Díjoles él: Tráiganmelos acá. Y habiendo mandado sentar a todos sobre la hierba, tomó los cinco panes y los dos peces y levantando los ojos al cielo, los bendijo y partió; y dio los panes a los discípulos y los discípulos los dieron a la gente. Y todos comieron y se saciaron, y de lo que sobró, recogieron doce canastos llenos de pedazos. El número de los que comieron fue de cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. Esta es la palabra de Dios”.

—Alabanza a ti, oh Cristo.

—Siéntense un momentito por favor. No es verdad, pero es un consuelo. El padre Cherna hace largas las homilias porque no tiene tiempo de hacerlas cortas.

Los fieles se sientan obedientes y cabizbajos. Aparece el sacristán, el rostro metafísico, charola en mano para el sagrado rito de la recolección. Los monaguillos aprovechan la coyuntura para hacer mutis entre las cortinas de gasa que condecoran el altar mayor. El predicador guarda un minuto de silencio. ¿Duda, oración, hacer memoria, buscar el cabo de una idea?

—Muy amados hermanos en Cristo Crucificado: El Evangelio de este domingo nos narra que Jesús andaba en un lugar desierto. Lo seguía una gran multitud que sin duda tendría hambre, pues era ya muy tarde. Entonces los apóstoles le dijeron que despachara a la gente a ver si hallaba algo de comer por ahí en los pueblos cercanos. Pero nuestro Señor, que era tan bueno, no aceptó la proposición de los apóstoles, sino que les preguntó si ellos traían algo de comida. Los apóstoles sólo tenían dos panes y cinco peces (evidente lapsus unguae). Entonces nuestro Señor levantó los ojos al cielo como en actitud de adoración y súplica hacia el Padre celestial que nada podía negar a su Hijo (cómo?). Luego bendijo los dos panes y los cinco peces (lapsus memoriae) y según los iba partiendo se iban multiplicando en un verdadero milagro de amor y misericordia. (El padre José María respiró).

Nuestro Señor hizo sentar a -todo aquel gentío para que comiera a gusto. El Evangelio dice que había hierba en aquel lugar, señal que era tiempo de primavera. Hizo que los apóstoles repartieran la comida y todos comieron hasta saciarse. Amadísimos hermanos, cuántos panes y peces no multiplicaría Nuestro Señor que de las sobras se llenaron doce canastos, imagínense ustedes. Y eran cinco mil hombres sin contar a las mujeres y a los niños que debieron ser mucho más que los hombres, que es lo que pasa

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta



siempre. Los hombres no vienen a misa ni a confesarse. Los hombres no comulgan, los hombres no asisten al rosario, no salen de la cantina. (Desde el fondo de sus tápalos negros, las mujeres asentían con la cabeza). Pidamos a Dios, amadísimos hermanos, que nos aumente la fe para que siempre hagamos su voluntad, y que si nos enfermamos y tenemos penas, aquí está la imagen bendita y milagrosa de este Cristo Crucificado, dispuesto a multiplicar sus gracias como dice el Evangelio de este día”.

—Creo en un solo Dios Padre Todopoderoso...

La técnica homilética del padre José María no puede ser más práctica, sobre todo tomando en cuenta la prisa y el trabajo que abruma al venerable clero del Tercer Mundo.

Insiste en repetir el evangelio, decirlo otra vez, traducirlo —traduttore, traditore— a sus propias palabras sin ponerle ni quitarle. Aunque se aceptan algunas breves disgresiones y comentarios personales; así por ejemplo, la hermenéutica climatológica del padre José María nos hizo favor de aclarar que la escena evangélica se sitúa en la primavera, pues en aquel lugar había mucha hierba. La prueba vegetal es contundente.

Si se acaban de leer, despacio, sabrosa y clara-mente, los textos bíblicos en su original, ¿para qué medio destrozarlos tratando de repetirlos a su manera? ¿No basta la alusión en lugar de la repetición? Por otra parte, la homilía no consiste en la lectura literal o casi de un trozo bíblico, sino en el ejercicio personal del ministerio profético que compete al sacerdote. El texto bíblico no es la predicación sino el alma y el punto de partida de la predicación.

Es el alma. “Dei verbum” del Vaticano II, 21 y 24: “La homilía ha de nutrirse saludablemente y vigorizarse santamente con la misma palabra de la Escritura”.

Es el punto de partida. “Sacrosanctum concilium”, 35: “Se recomienda encarecidamente como parte de la misma liturgia, la homilía, en la cual se exponen durante el ciclo del año litúrgico, a partir de los textos sagrados, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana”.

El padre José María no parte de los textos sagrados, los parte, que es otra cosa. Tal vez por una de esas huellas del subconsciente o fijaciones freudianas que vienen desde la infancia. Cuando era muy pequeño solía jugar con un reloj de repetición que guardaba su abuelo en la mesilla de la recámara.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

Su Señoría, el ilustrísimo canónigo, bonete en mano, borla blanca de Teología por la Pontificia de Salamanca, ¡nada!, alba espumosa a dos agujas, quebradizo de carnes, sutil, transparente, predicaba aquel mediodía de adviento, sea dicho con Rubén Darío, “un aire suave de pausados giros” ante un público variopinto de amas de casa, obreros de diversas fábricas, un evidente grupo de jóvenes deportistas, camiseta a rayas, y la explosión demográfica a sus anchas, los niños lactantes sollozaban a dúo.

—Amados fieles en Cristo Nuestro Señor.



Capítulo VIII Homilias pluscuamperfectas

Pasa un peligroso desfile de homilias. Fanfarrias y pendones. Tanques de guerra. Disparos al aire. Tenga usted cuidado.

La homilía libresca

Su Señoría modeló una homilía inobjetable de doctrina. Teología como pulpo en su tinta. Los sinodales de la Pontificia la hubieran sancionado “cum laude”.

Pero, ¡ay!, demasiado sabor a libro, homilía de papeleta, predicación de escritorio, academismo de marmórea elegancia, argumentos asumidos en orden riguroso “ex Scriptura, traditione et rationibus convenientiae”, demostración inductiva y deductiva, algún “a priori” y numerosos “a posteriori”, un verdadero curso de invierno, con más invierno que curso, tesina para el claustro de profesores. ¿Y los obreros, y las amas de casa, y los jóvenes deportistas?

¿Dónde se enciende la calefacción? ¿Dónde está la ventana que da a la calle? La biblioteca, la erudición teológica congeló la vida, la vida que está en la Palabra de Dios precisamente para vivificar al hombre.

La homilía arqueológica

—Carísimos hermanos.

Desde el ambón un sacerdote de ojillos perdedizos bajo los gruesos aros de carey, catedrático de Gnoseología en el Seminario Mayor, noches de investigación robadas al descanso, explicaba a la asamblea el texto de Mateo sobre la adoración de los magos. La Epifanía a la vista.

“Reinando Herodes. Trátase aquí de Herodes el Grande, llamado el Idumeo, que reinaba hacía más de treinta años. El historiador Josefo certifica que, atacado de una enfermedad repugnante, murió devorado por los gusanos. Unos magos vinieron del Oriente. (Tres minutos geográficos para precisar el punto de partida; otros tres para demostrar, contra San Cesáreo de Arlés, que los magos no eran reyes, sino magos). ¿Cuántos fueron los magos? La Iglesia siria habla de doce; la Iglesia latina de tres, según testimonio de San León y los frescos de las Catacumbas. Lo más seguro es que quién sabe cuántos serían (véase en J. Knabenbauer). ¿Cómo se llamaban los magos? Disgresión interesantísima por los campos de la onomástica. ¿Cuándo llegaron a Belén? Referencias al calendario romano y judío. Vimos su estrella en el

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

oriente. ¿Qué era aquella estrella, carísimos hermanos? ¿Un rayo de luz, una conjunción planetaria, un brillante meteoro?

El predicador concluyó aludiendo al oro de Ofir, el incienso de Arabia y la mirra de Etiopía. He dicho.

Arqueología: ciencia de las artes y documentos de la antigüedad. Homilía arqueológica: Trata de reconstruir el pasado, incursiona en los detalles secundarios como si fueran primarios, convierte la historia de la salvación en historia, goza explicando no el mensaje de Dios sino curiosidades periféricas. Tales como fariseo, dracmas, hidras, metretas, estadios, Mar de Galilea, hora sexta, ascendencia de José, el atrio del templo, la topografía del Calvario, el menú de la última cena.

Bien están unas cuantas pinceladas que clarifiquen los escenarios bíblicos, la explicación de un dato que resulta una incógnita para los no iniciados, un poco de color que devuelva al pasado su efectividad de vida. Cristo real en un mundo real, pero sin la manía arqueológica ni la exageración histórica que se anda por las ramas.

La homilía romántica

La campanilla del convento asustó a los pájaros que picoteaban los duraznos. La hermana cocinera no podía odiar a los pájaros, hija al fin de nuestro seráfico padre Señor San Francisco; pero hacía sus restricciones mentales. Soñaba con aderezar unos duraznos en almíbar para el santo de la Reverenda Madre, de esos que confieren trescientos días de verdadera indulgencia.

Las hermanas tomaron sus asientos en la capilla sonando largos rosarios frisonos, una gota de agua bendita en la frente. Alabado sea el Santísimo Sacramento, en cada instante y momento.

El padre capellán, un viejecito también en almíbar, dulce y picoteado por el pájaro del tiempo, fue abriendo los labios con trabajo, las puertas enmohecidas.

—Amadísimas hijas en Jesús, José, María y Francisco.

—Amén, contestaron a coro las hermanas.

Los hombres, como las homilias, según Carlyle, se dividen en aristotélicos y platónicos, cerebrales y sentimentales, pura cabeza o puro corazón.



El romanticismo surge a principios del siglo XIX como una corriente artística y vital que, por natural reacción contra un racionalismo frío y academista, enhiesta en un pedestal a los valores afectivos y pasionales e irrumpe con el sentimentalismo a hombros de apoteosis contra la demasía de la razón. El corazón late de nuevo, los ojos se acuerdan que también sirven para llorar.

Pero es claro que el romanticismo que todos llevamos connaturalmente en el alma, existe antes y después que se hace escuela y moda. ¿Quién que es, no es romántico?

Es natural que de predicadores platónicos surjan homilías románticas. Tan románticas algunas que parece que está uno leyendo la típica novela rosa, Pérez y Pérez las escucharía con devoción.

Emplean las mismas técnicas del folletín y la telenovela: lágrimas y sonrisas, una fuerte dosis de azúcar sin miedo a la diabetes. Una exclamación por aquí, una interjección por allá, el recurso efectista del grito y el trémolo, el lenguaje del sentimiento en re menor, “pavana para una infanta difunta”, el despliegue de las pasiones en ancho abanico y hasta alguna frasecilla pietista y suavecita: “Amadísimas hijas, Cristo vive llorando en el sagrario

No estamos contra la emoción. Los grandes pensamientos nunca son tan grandes como cuando pasan por el filtro del corazón. ¡El fuego, la sensibilidad, la creatividad imaginativa con que predicó Cristo! Estamos contra el prurito de poner la emoción en primer plano y en querer suplir, con los recursos de la fantasía, el contenido doctrinal.

Predicar no es andarse por las ramas, pero tampoco andarse por el tronco. El árbol completo es primero tronco, después ramas.

Salvador Díaz Mirón, tan poco homilético en su tumultuosa vida, daba la clave del poema, que por añadidura es también la clave de la homilía:

“Tres heroísmos en conjunción:

el heroísmo del pensamiento

el heroísmo del sentimiento

y el heroísmo de la expresión”.

La homilía demagógica

Fray Juan de los Ángeles que, a juicio de Menéndez y Pelayo, escribía con un estilo de leche y miel, entre nieve y oro, escribe en el prólogo de sus Triunfos del amor de Dios que el hombre en su larga vida apenas puede hacer una definición quiditativa de cuantas cosas Dios crió. Una definición por vida. Bastante poco. Seamos, pues, tolerantes con el reverendo diccionario de la lengua. El diccionario define así.

Demagogia: corrupción de la democracia sacrificando el interés general al de un grupo. Halago a las masas.

Demagogo-a: cabeza o caudillo de una facción popular. Sectario de la demagogia. Orador que promete lo incumplible.

Atenidos a estos intentos definatorios, la homilía demagógica sería aquella que traiciona al mismo tiempo tanto al mensaje como al destinatario del mensaje. En ambos casos, el mensajero huele un poco a traidor, objetivamente es claro, porque "de internis neque Ecclesia iudicat".

Traición al mensaje, porque el predicador agranda o empequeñece, destaca o acalla, y en cualquier caso desfigura y distorsiona la doctrina y las realidades, la palabra divina y los acontecimientos humanos. Lleva el agua a su molino, hace decir al evangelio lo que él quiera que diga o no diga, interpreta a su conveniencia, el magisterio universal lo vuelve magisterio personal; la Iglesia, iglesia de bolsillo.

Traición al destinatario del mensaje, la porción del pueblo de Dios que pastorea, al que busca mucho más que servir; al que presenta no la verdad integral a la que tiene derecho, sino la sutil imposición de su verdad, al que algunas veces divide en lugar de unir, al que despista con sus opiniones en vez de educar en la fe, al que presenta problemas sin ofrecer soluciones y si las ofrece resultan enigmáticas o utópicas.

Una homilía demagógica puede partir de cualquier boca, a propósito de un tema muy espiritual o muy temporal, a título de eso que llaman derecha e izquierda, en nombre de la tradición o del progreso, a favor de o en contra de. El resultado es el mismo, traición al mensaje y a su destinatario.

Entiérrese o crémesse la homilía que versa sobre temas de política de partidos, no la que defiende la Política (así, con mayúscula) del bien común. "Lo primario del profeta es anunciar, no denunciar. Su figura no es la de Jeremías, sino la del ángel sentado junto al sepulcro en la mañana pascual" (*Luis Maldonado*).

Capítulo IX Homilias para hoy y para aquí

En que se dice que el predicador debe ser como el periódico y la homilía como la noticia. Se presenta la imagen de Cristo Reportero.

¿Otra definición de hombre? Sí, porque las mil y una que ya existen, no acaban de satisfacer a nadie. El mono desnudo, el mono vestido, el mono gramático, fragmentos de luz, trozos de cristal en el caleidoscopio. Pongamos otro más, por si la figura adquiere un nuevo colorido, el mono informado. A sus necesidades biológicas y espirituales, el hombre ha añadido a partir de este siglo la necesidad de información.

Informar es dar noticias. Sin noticias el hombre acentuaría su soledad, perdería su nueva dimensión de ciudadano del mundo de la que no piensa renunciar.

Las noticias son el cordón umbilical que lo alimenta, sin ese alimento desfallecería. Las noticias, he aquí la expresión más sencilla, pero más gráfica, de la naturaleza social y de la actividad solidaria del hombre.

Por eso la fiebre con que quiere ser informado

—saber lo que sucede en el mundo porque es su casa— no una vez, sino varias veces al día.

Del periódico ha hecho más que un apéndice al margen, una parte habitual de su vida. Porque el periódico es todo información, desde el bloque macizo de noticias que constituye su misma esencia, hasta los artículos de la página editorial que comentan esas noticias y aun los anuncios que en cierta manera se asoman con un rostro noticioso.

De la radio y televisión, el hombre contemporáneo guarda indudable preferencia por los noticieros, de cuyos horarios y programaciones siempre está al tanto. Y en cuanto al cine, las películas podrán ser discutidas; en cambio, los documentales informativos tienen asegurada la aceptación general. El mono informado.

Es típica la definición norteamericana de noticia: “Algo que ha sucedido y en que la gente está interesada”. Sin hechos no hay noticias. El reportero los ve y los oye. Es el testigo que transmite su experiencia. El que presta sus ojos para que los otros vean, el que presta sus oídos para que los otros oigan. El puente trazado entre el acontecimiento y el hombre interesado en él.

Noticia es el relato de lo que habiéndose producido en el último instante, es desconocido por quienes no lo presenciaron y están interesados en conocerlo. ¿Por qué no hacer de la homilía una noticia y del predicador un reportero?

Cristo es el reportero por excelencia que nos descubre la vida y la palabra de Dios: "el que me ve, ve a mi Padre", "yo he venido para revelarles estas cosas". Reportero y noticia a la vez, mensajero y mensaje, revelador y revelación, transmisor y transmisión. "El que me oye no anda en tinieblas". Cristo vino precisamente a evangelizar, es decir, a informar, enterar, dar noticias. Su evangelio, a diferencia de las noticias humanas, siempre es una buena noticia, porque es noticia de salvación. Y además, una noticia nueva, no antigua ni anticuada, tan actual como Dios, como Cristo mismo que siendo de ayer es de hoy y de siempre, como la necesidad permanente de liberación que tiene el hombre. Un hombre que por la palabra de Dios tiene que ser renovado, revestido de la novedad de Cristo.

La Biblia es la palabra de hoy de Dios para el hombre de hoy, como será para el hombre de mañana. No es que se ponga ni que pase de moda. De por sí es historia viva, noticia, novedad, fresca, flamante actualidad.

La realidad es muy otra. La buena nueva nos llega a través de un texto escrito hace siglos, que por tanto tiene una tradición y que además el sacerdote la da por conocida, leída, estudiada. La noticia deja así de ser noticia.

Los fieles que escuchan la explicación de un trozo bíblico lo sienten tal vez como lo más natural del mundo, como algo sabido desde antiguo. Las bienaventuranzas, ah, sí, ya me acuerdo. La parábola del hijo pródigo, el mismo disco de ayer y de antier. El predicador no pudo percibir ningún atisbo de novedad, de actualidad en el texto bíblico que comentaba. Tal vez la rutina contraída al paso del tiempo, la falta de oración y reflexión, la tibieza y la negligencia, tal vez las cobardías, las capitulaciones.

Si quieres que lllore, es preciso que tú llores antes, así traducían a Horacio los seminaristas de los fabulosos veintes. Si el predicador no convierte lo conocido en desconocido, si no se sorprende ante lo que él mismo predica, no podrá despertar en el auditorio un sentimiento de sorpresa. Su rutina desencadenará una nueva rutina.

La lectura del Evangelio suele comenzar con la fórmula tradicional “en aquel tiempo”, que la homilía prolonga en la misma fecha. La predicación es también “en aquel tiempo”, no “en este tiempo”, “para este tiempo”, sino cosa del pasado, archisabida, caduca, liquidada. Sobre las ideas y el estilo, una gruesa capa de polvo de in illo tempore.

¿Cómo devolver a la homilía la novedad de la noticia? Pues haciendo que la homilía conjugue las tres características sustanciales de la noticia, que son la actualidad, la proximidad y el interés.

Actualidad

Veinticuatro horas es un plazo tan largo en la vida de un periódico como una generación en la vida de un hombre. El lector ansía saber lo que pasa hoy y sucederá mañana, conforme ha perdido todo interés por el ayer, así el ayer haya sucedido un día antes. Quiere la noticia fresca en el periódico y en la homilía.

El predicador ha de orientar el texto bíblico a la nueva situación histórica del hombre al que se dirige, descubrir el mensaje que guarda para el cristiano concreto de hoy, entañar sus derivaciones hacia las actuales circunstancias, aplicar la palabra eterna al momento efímero. La homilía que huele a tiempo pasado o manifiesta un neutralismo atemporal, no le dice nada al auditorio a no ser un bostezo demasiado elocuente. Si el predicador afoca la luz del Evangelio sobre la problemática real del hombre-siglo-veinte, donde éste pueda encontrar una palabra personal para su situación presente, la homilía será una predicación de hoy para el hombre de hoy y no, como a menudo acontece, una predicación desde hoy para el hombre de ayer.

La proximidad

Una noticia es más noticia a medida que los hechos que relata suceden más cerca del lector. El incendio de un mercado en la ciudad donde uno vive, es noticia de ocho columnas; si el incendio se registra a quinientos kilómetros, merece unas cincuenta palabras; si acontece en África, no es noticia ni hace falta que aparezca en el periódico.

El interés del lector aumenta de acuerdo con la proximidad. Lo más próximo es él mismo. Por eso la noticia que más interesa es aquélla donde el lector aparece. Su nombre en letras de imprenta y por la calle.



La homilía masificada que se dirige a un auditorio inconcreto y vago, en realidad no se dirige a nadie. Bronce que resuena en el aire. Cada uno de los que escuchan debe sentirse aludido, interpelado en lo individual. La palabra de Dios fue dicha para mí en lo personal. El predicador se refirió a mí, habló conmigo, de tú a tú. Proximidad, presencia, conversación.

Interés

De los varios cientos de noticias que aparecen en el periódico del día, nos detenemos en algunas, rechazamos las demás. Sólo leemos las que nos parecen importantes, las que tienen trascendencia, las únicas que merecen nuestra atención.

No es otra cosa lo que busca el auditorio en la homilía. Algo que de veras importe para su vida. Que lo afecte, que le llegue, que lo entusiasme.

La palabra de Dios es por sí misma actual, próxima e interesante, verdadera noticia con sus tres notas esenciales. Sólo falta que la palabra del predicador sintonice con la palabra de Dios y la psicología del hombre.

Bellas palabras de Blondel: “En cuanto uno ya no se sorprende de Dios como de una inefable novedad, y se le mira desde fuera como objeto de conocimiento o como simple ocasión de estudio especulativo, sin juventud de corazón ni inquietudes de amor, todo se terminó, y en las manos no queda más que un fantasma y un ídolo”.

Sí, no vale quedarse en las nubes. La homilía debe ayudar en su vida cristiana a unos hombres y mujeres que viven hoy en un mundo determinado; por lo mismo, debe estar atenta a la realidad para iluminarla con la palabra salvadora que nuestro Padre Dios dirige a sus hijos. Los hechos de vida que la homilía tendrá presentes son variadísimos: los problemas, intereses y aspiraciones de nuestra generación; los acontecimientos de la Iglesia universal y particular; los asuntos de la nación y de la comunidad local; los temas candentes de la familia y del trabajo, de la vida social y política. ¿Puede una

homilía olvidar las palpitations de la historia? Ella es el puente donde se encuentran Dios y los hombres. El Evangelio que leemos antes de la homilía, comienza así: "En aquel tiempo". Pero aquel tiempo es éste. Hay que poner el pasado en presente. Porque lo que aconteció en Belén, Nazaret o Jerusalén es un punto de referencia para hablar de lo que sucede hoy y aquí.



Capítulo X Estructura de la homilía

Donde se prueba, con el teléfono en la mano, que la estructura de una homilía no es capricho retórico, sino necesidad psicológica. Se cuenta la triste historia de una monja que dio un mal paso entre pastelillos, alfajores y cabellos de ángel.

Escenario: el refectorio de los profesores del seminario mayor. Una mesa franciscana, un menú diocesano. Por el ventanal entra el jardín y sus rosas de raso. Una fuentecilla fresca y murmuradora, como tanta gente que hay por ahí, fresca y murmuradora.

Decoración: el cuadro de la Última Cena. El ojo malicioso de Judas, el confianzudo Juan volcado sobre el pecho del Maestro, Pedro a la expectativa del canto del gallo. Felipe en lo suyo, el cordero caliente y las lechugas frías.

Personajes: el padre José Luis Dibildox, ‘fabriqué en France’ donde estudió Pastoral Catequética y el padre Gutiérrez, embotellado de origen, jamás salió de su patria; pero a cambio de geógrafo, qué buen psicólogo. Tú qué opinas, José Luis. Por pura curiosidad estoy hojeando aquel manual de oratoria que estudiamos en el seminario menor. “¿Hasta cuándo, Catilina, has de abusar de nuestra paciencia?” Hay cosas que es preciso olvidar. Mira, página 235: “El discurso oratorio debe constar de ocho partes: exordio, narración, proposición, división, confirmación, ilustración, refutación y peroración. ¿Qué tienen que ver estas retóricas artificiales y ampulosas con la sencillez del Kerigma? La homilía se distingue por su tono coloquial, no es la “oratio” latina, esto es, el discurso oratorio, ni tampoco el “logos” de los griegos. Los sermones de hace años andaban pesados de holanes y encajería, por eso no andaban. A la homilía evangélica de hoy, le va mejor la ropa deportiva, aérea, esencial, caminable.

—Acabo de leer, recordó el padre José Luis, un sencillo plan que ideó el norteamericano Henry Hoke al servicio del orador, y que él llama “PPPP”. Verás:

a) Picture: pintar. Empezar con una descripción del tema. (San Ignacio de Loyola se adelantó con su “composición del lugar”).

b) Prove: probar. Explicar con argumentos lo que el orador dice.

c) Promise: proponer. Llevar a los oyentes a que acepten lo que el orador propone; asegurarse de que van a comprar el producto que ofrece.

d) Push: provocar, empujar al auditorio a tomar la decisión deseada por el orador.

En eso entró Sor Brígida tropezándose con los diez metros de tela del sagrado hábito ya reformado. Usted come muy mal, padre José Luis, así no va a soportar el trabajo si lo hacen señor obispo, debería aprender al padre Gutiérrez. ¿Qué prefieren ustedes de postre?

En opinión de los seminaristas, Sor Brígida podría ser declarada santa, así el profesor de derecho canónico, el padre Pedro Sánchez, los contradijera leyéndoles el canon 1403:

“La causa de la canonización de los siervos de Dios, se rige por una ley pontificia peculiar”.

—Yo tengo otra opinión, prosiguió el padre José Luis. Estas partes del discurso que tú llamas artificiales, yo las juzgo naturales; brotan de la naturaleza misma del discurso, de la manera usual con que hablamos y no del capricho de los retóricos. Dividir la homilía en partes sucesivas no es cuestión de retórica, sino de psicología y de sentido común.

De las manos milagrosas de Sor Brígida salían alfajores, jamoncillos, panochitas de nuez y de piñón, mostachones, cabello de ángel, gaznates en-canelados, yemas acarameladas, frutillas de almendra, peras cristalizadas y unos inefables suspiros de monja.

El padre José Luis, tan ascético, optó por el cabello de ángel. Gutiérrez monopolizó: —A mí, por favor, una probadita de todo.

—Dime tú, Gutiérrez, ¿cómo hablas por teléfono? El desarrollo de tu plática telefónica sigue el mismo proceso de la homilía. Ambas tienen, deben tener, un principio, un medio y un final. Y esto no es apego a las reglas que escribieron para el orador Cicerón o Quintiliano. Cuando tú tratas un asunto por teléfono, ¿qué haces? Procedes con un orden. Aun sin querer, estás dividiendo la conversación en cuatro partes muy netas, muy diversificadas y muy naturales. Saludas, propones el asunto, lo tratas y te despides. De otra manera, nuestras homilias resultan pura acumulación de materiales en bruto. Si un militar prepara la estructura de una batalla, y un guionista la estructura de lo que será la escenificación cinematográfica, y un novelista el desarrollo de su ficción, ¿por qué el predicador no ha de preparar la estructura de la homilía?

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta



1. Exordio

Si necesitas arreglar tu automóvil, marcas el número telefónico del taller. Alguien descuelga los audífonos en la otra punta. ¿Con quién hablo? Igual que en la homilía, lo primero es saber a quiénes vamos a hablar. Es claro que no comienzas con un imprudente ex abrupto: Quiero que arregle mi automóvil para esta tarde; sino con un leve y cordial tiroteo de políticas eficaces. —Hola, ¿cómo está usted, señor mecánico? Me da mucho gusto saludarlo. ¿Qué tal por su casa? Ah, fueron gemelos, qué bendición. Usted tan amable como siempre.

Es el exordio, la introducción, el preámbulo que exige la misma psicología del auditorio. Pues no se empieza de golpe y porrazo, sino con algún hecho que atraiga la atención del pueblo fiel, un suceso apropiado, un brevísimo relato. Había un sacerdote que así comenzaba sus sermones: Amados hermanos, antes de entrar en materia y explicarles el evangelio de hoy, permítanme que brevemente les recuerde la gravedad del pecado... Dos en uno. El predicador se despachaba dos homilías, y todo por no saber comenzar, calentar los motores, correr en la pista y levantar el vuelo.

Aunque los fieles lleven ya cinco minutos de estar en misa, es preciso disponer una masa heterogénea, quizá distraída, quizá preocupada por mil problemas que también se vinieron a misa, quizá ignorante de lo que va a oír.

Por eso no entras en materia de golpe y porrazo. Más vale rodear que rodar. Te vas insinuando poco a poco para ganarte la atención, la simpatía, la confianza del auditorio. Entrar con lo suyo para salir con lo tuyo. Atraes, fijas, dispones, preparas, fascinas. Esto es psicología y no retórica.

La imperfecta homilía comienza con frases lejanas, abstractas, mortecinas. Muertas y mortíferas. Matan el interés del más pintado. Por ejemplo:

El evangelio de hoy dice que, Nuestro Señor Jesucristo afirma en esta parábola que, en las lecturas que acabamos de leer, este es el domingo 21 de Pentecostés, celebramos hoy la fiesta de Todos Santos, reflexionemos en esta doctrina que el Espíritu del Señor...

¿Crees tú que con estas entradas cadavéricas vas a reunir de golpe 400 cabezas desparramadas, hacerlas vivir, tenerlas pendientes de tus labios, excitar su curiosidad y atrapar el vuelo de tantas mariposas

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta



fugitivas? Jura que cualquiera de estas frases equivale a una buena anestesia, dormitaverunt omnes et dormierunt. El primer minuto de la homilía es definitivo. Saber comenzar, calentar el motor para que arranque. Encender los tableros de mando para un disparo perfecto. Tomar altura. Llevar a todos los pasajeros en el vuelo.

¿Cómo? Habla con seguridad y reposo. Sé breve, claro, insinuante. Comunícate con el auditorio. Habla de él, de lo que a él le interesa. Dile algo directamente. Proponle un problema. Lánzale una pregunta. Nárrale un hecho, una anécdota.

—En el periódico de hoy aparece esta noticia.

—¿Alguno de ustedes ha visto un camello?

—Ayer vino a verme un vendedor de libros.

Te aseguro que hasta los sordos oyen. Sobre todo si empiezas contando un hecho vivo y concreto. Un hecho, no una doctrina. La doctrina vendrá después. Un hecho que se relacione con esta doctrina, nacido “ex visceribus rei”. Un hecho como son todos los hechos: drama, dinamismo, lenguaje. Un lenguaje que habla a los sentidos y pone en marcha la imaginación.

En verdad te digo que por una reja del cielo el príncipe de la elocuencia sagrada, San Juan Crisóstomo, si no se asoma de cuerpo entero, por lo menos asomará el pico de oro para aplaudir.

2. Proposición

Estábamos hablando por teléfono. Concluyeron los ritos de entrada. El saludo, la sonrisa muy ancha. Ahora al grano. Le hablo a usted para suplicarle que arregle la marcha del automóvil. ¿Podría usted?

La proposición es la enunciación del tema de la homilía. La síntesis del argumento. Equivale al título. Homilía sobre los efectos del bautismo. Homilía sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Homilía sobre la manera de hacer una buena confesión. Homilía que explica por qué Nuestra Señora fue Inmaculada.

El predicador, es claro, siempre debe llevar en la mente la proposición. Saber de qué va a hablar. Llevar el tema perfectamente delimitado, precisado, esto sí y esto no.

Algunas veces será necesario decir explícitamente a los fieles, en un período muy breve y muy claro, el asunto de que va a hablarles, explicar por qué va a hablar precisamente de eso y qué valor tiene para ellos el tema en cuestión.

Otras veces bastará el enunciado implícito. En cualquier caso, lo importante es que, terminada la homilía, los fieles sepan de qué les habló el predicador, cuál fue la idea central, la síntesis del mensaje.

3. Confirmación

Al principio se sirve el frugal entremés con el exordio; al final el postre o la taza de café con la peroración. El plato fuerte es la confirmación, que así se llaman las pruebas de la proposición, la homilía propiamente dicha.

¿Qué tema elegiste para tu predicación de hoy?

Aquí es donde tienes que enseñar, demostrar, probar, argumentar, refutar, mover.

Todo lo que aprendiste en el seminario lo aprendiste para este momento. Tu consagración de profeta, tu función de liturgo, aquí se ejerce. Es preciso abrir la batería pesada, realizando los tres fines que San Agustín marcó a la oratoria sacra.

Ut veritas pateat, hablar a la mente de los fieles. Ser claro y ordenado. Huir de vaguedades y sutilezas, cuestiones disputadas y erudición para iniciados. Una idea tras otra, sin complicar el esquema, sin querer decirlo todo, saber renunciar a otros temas, a otros aspectos del mismo tema. Sol, mañana abierta, faros contra la niebla.

Ut veritas moveat, hablar a la voluntad. Ser convincente y convencer. Sacudir la mediocridad y la apatía. Arrancar una decisión. Contribuir a la conversión del hombre. Señalar caminos. Hacer vida la verdad.

Ut veritas mulceat: hablar a la imaginación y a la sensibilidad. Sensibilizar constantemente las ideas, porque el hombre moderno no piensa sin imágenes. Ser agradable. Predicar no es aburrir.

4. Peroración

Sí, el teléfono está pendiente. ¿Terminaste de tratar el asunto de tu automóvil con el mecánico? Ahora a despedirse y agradecer. Con lo difícil que resulta poner punto final.

Qué sudores de Huerto de los Olivos, qué calles empinadas de la amargura sufre el predicador de homilías, y con él su auditorio entero, cuando no puede aterrizar. Ya parece que los frenos obedecen, saltan las ruedas aprestándose a tocar tierra, el aeropuerto a la vista, los viajeros comienzan a desabrocharse los cinturones en busca de libertad, y esto es volver a hacer piruetas en el aire, cae que no cae, el juego del sube y baja, que se va y que se viene, y el glorioso panzazo a como caiga el aparato.

¿Una lista de finales defectuosos?

—Querer decir en los últimos minutos todo lo que no cupo en la homilía.

—Alargar torpemente la última idea por no encontrar el cabo.

—Repetir lo que ya se dijo.

—Emplear muletillas gastadas y frases hechas:

“y así todos iremos al reino celestial”, “pidan a Dios que nos ayude para no caer en pecado”, “amados hermanos, esta es la doctrina de Jesús en el evangelio de este domingo”.

—Terminar todo desinflado y falto de cuerda, diciendo de repente “y nada más”.

—Emplear una perorata altisonante con tópicos pseudoemotivos entre el estallido grueso y barato de la cohetería.

—Continuemos la misa rezando el credo.

Predicadores jóvenes y experimentados suelen caer en la trampa. Siempre la misma razón: como no preparan el final de la homilía, sale cualquier cosa. Una despedida ingenua, boba, congelada. Qué distintos los postres de la Madre Brígida.

Pueden ser buenos finales de homilía una breve recapitulación del tema; una aplicación práctica y concreta que ponga en ejecución la teoría expuesta; una consigna, una invitación, un encargo, una petición al auditorio; un brevísimo ejemplo que contenga la lección central de la homilía; una frase o sentencia que sea como su clave y síntesis.

Y dos trucos del oficio: no digas que ya vas a terminar, es mejor que termines sin anunciarlo. Termina antes que el auditorio lo sospeche, deja de hablar en el momento en que menos se lo piense. Cultivar la sorpresa. El secreto estructural de una homilía no tiene secretos. Es un principio, un medio y un final. O como dijo Platón en el diálogo Fedro, es una cabeza, un cuerpo central y las extremidades. Basta saludar, tratar el asunto y despedirse. Basta tener algo que decir, decirlo y enseguida callarse.

Don Miguel de Unamuno, el escritor y rector de la Universidad de Salamanca, pedía que, a las tradicionales obras de misericordia, se añadiera una importantísima: Despertar a los dormidos. Una homilía bien estructurada no sólo despierta a los dormidos, sino que también no permite que los despiertos duerman.



Capítulo XI La homilía como diálogo

Se recomienda decir la homilía como un diálogo. Intervienen integristas y progresistas, ave María Purísima. Como música de fondo, el dúo de la Traviata.

Soy el rector del seminario. Lo digo como simple ficha de identificación. No me siento rey, ni torre, ni alfil, mucho menos caballo. La vida, este juego de ajedrez. Ayer vinieron los seminaristas a pedirme permiso de hacer una academia teológica con el título de “Progresistas vs. integristas”.

—Déjenme pensarlo. Les resuelvo mañana. Dudé de momento. Varias veces hemos hablado del tema del camino. Caminar con La Iglesia, ni antes ni después. El reloj en punto. Y para caminar hay que dejar un pie atrás y echar el otro hacia adelante. Los dos pies atrás, el inmovilismo. Los dos pies adelante, la caída. La Iglesia es piedra inmóvil, pero también nave peregrina. Y entonces me acordé de mi seminario, tiempos de Pío XII. Cuando yo fui seminarista, nuestro maestro de teología organizó una escaramuza en que yo la hacía de ateo y Fernando Martínez de “teólogo”, con resultados desastrosos, pues por los nervios de Fernando triunfó el ateísmo. ¿No era lo mismo que pedían ahora los seminaristas?

—Bien, muchachos, pero no olviden la consigna agustiniana: *“in necessariis unitas, in dubiis Libertas, et in omnibus caritas”*.

Aquello fue un tiroteo de objeciones. Salieron a relucir el latín y el marxismo, el canto gregoriano y los diáconos casados, el incienso y Camilo Torres, la carta de la Virgen de Fátima y la teología de la liberación. Había sido un buen repaso de los documentos del Vaticano II. El público no perdió palabra, por la temperatura del tema desde luego, pero también por la forma dialogal.

¿Es la homilía un monólogo o un diálogo? Suele ser monólogo tedioso, debiera ser diálogo vivaz.

Hablamos solos, en solitario, no importa que enfrente estén cuatrocientas personas. Se nos olvida que la homilía es una conversación en que las respuestas de uno de los interlocutores van sobreentendidas.

La desatención de los oyentes, la dispersión, la abulia, el desinterés, el aburrimiento, es claro que pueden provenir de diversas causas. La más segura siempre es imputable al predicador, que convierte la homilía en un “solo para flauta”, el aria para que se luzca el solista en lugar del compartido dúo de la Traviata.

Homilía musicalmente expresada como “single” y no como polifonía. Una sorda voz que ni siquiera puede aspirar al eco.

Habla el predicador, habla y habla, y los rostros del auditorio gimen como un friso fatigado, un altorrelieve de ojos congelados y hieráticos. Ni un guiño, ni una vibración. El silencio de las almas. El vacío de la campana neumática. Y cierto olor a naftalina.

Haga usted el experimento. Siéntese en misa cara al pueblo mientras el sacerdote predica, y observe las reacciones. Nadie asienta, nadie discrepa, nadie devuelve al orador una respuesta. El predicador monopoliza la palabra sin dar oportunidad a que el auditorio, tratado como objeto y no como sujeto de la predicación, participe a su manera a través de un silencio empuñado de ideas, sentimientos, voces y gestos.

La homilía como diálogo supone tanto actitudes de alma como actitudes de lenguaje.

Actitudes del alma.

El diálogo es un encuentro de personas, el encuentro de un yo y un tú que produce el nosotros. ¿Considera el predicador a sus oyentes como personas, como prójimos y cristianos que merecen respeto, amor, simpatía, paciencia y comprensión?

El predicador no elige a sus oyentes, Dios elige a nuestro prójimo inmediato. El es quien primeramente merece nuestra atención y entrega. Quizá teniéndolo físicamente muy cerca, esté separado de nosotros por una muralla, un foso largo de desatenciones.

Respetar al auditorio significa no herirlo jamás con aires descorteses, reconvenciones humillantes o frases vulgares. Amarlo, como el maestro ama al discípulo, el padre al hijo, el hermano al hermano. Comprenderlo vale tanto como conocer sus problemas para ayudarlo a descubrir la verdad y la vida, sin confundir la comprensión con la complacencia. El verdadero amor pone el dedo en la herida; si lastima no es por lastimar sino por curar.

El sacerdote antes de predicar podría decir: “Vamos a platicar Dios, yo y mis hermanos”.

Actitudes de lenguaje

Junto a las virtudes que abren el alma para acoger a los oyentes, el predicador debe utilizar los recursos del estilo, los trucos del oficio oratorio para que su homilía evite la pesadez estática del monólogo egoísta y adquiera el dinamismo caliente de ese ir y venir del yo al tú, que supone el diálogo generoso. Por ejemplo:

1. Dirigirse con frecuencia al público para interrogarlo.

¿Quién de ustedes sabe qué es la resurrección de la carne? ¿Cuánto tiempo hace que no oras? ¿Alguno de ustedes leyó en el periódico las declaraciones del Papa? ¿Estás seguro de que tu fe es consciente? ¿Qué hiciste ayer sábado por tu prójimo?

Algunas veces bastará dejar la pregunta flotando en el aire para que cada cual se la responda; otras veces será preciso que el predicador la conteste. En cualquier caso, el arte de interrogar inquieta, espolea, activa al auditorio.

2. Prever las objeciones. Exponerlas y refutarlas.

Ya sé que los partidarios del divorcio no estarán de acuerdo con el matrimonio indisoluble... Tal vez ustedes piensen que son exageraciones, sin embargo... A mucha gente no le gustaría oír hablar del pecado, la palabra misma suena anticuada, pero...

3. Interpelar con tacto y delicadeza al auditorio. El que esté limpio de culpa, que tire la primera piedra. Ay de ustedes hipócritas, que ven la paja en el ojo ajeno, pero no advierten la viga en el propio. Si ustedes, padres de familia, se quejaron menos de sus hijos y les dieran mejor ejemplo...

4. Dirigirse al auditorio para que asuma responsabilidades y tome resoluciones concretas.

¿Por qué no empiezan desde hoy mismo a tomar en serio su vida en gracia? Esto que les pide Cristo, a ponerlo en práctica... Homilía que no desemboca en una conversión, en una toma de conciencia, en una realización de vida cristiana, será golpe al aire y bronce que resuena.

Un maestro italiano cuenta sus experiencias en una sala de cine atiborrada de niños. Sentado frente al público, observó las diversas reacciones de la chiquillería. Apenas había comenzado la película, ya se había entablado el diálogo. De aquel lado las imágenes; de este lado los niños, y entre uno y otro el flujo y reflujo de la conversación. Los niños respondían no sólo con el alma, sino con los ojos, el rostro, las manos, los pies, todos convertidos en respuestas, vibrando al ritmo del orador de la pantalla. ¿Y la homilía? Cuanto

más dialogal sea, más viva, es decir, más cercana a la conversación de un hombre que habla humana y fraternalmente a otros hombres. Su palabra, transmisora de la Palabra, será más eficaz. Porque no se trata de hablar "a", sino de hablar "con".





Capítulo XII El lenguaje de la homilía

En que se lamenta el divorcio del predicador y el público. Y todo por las malas lenguas. Por no hablar como hablan los medios masivos de comunicación. Lo que Dios ha unido, no lo separe la homilía.

Lo que un día fue luna de miel, hoy anda en trance de ruptura. Predicador y público, estas vidas paralelas. No sólo porque un volumen caudaloso de los obligados a asistir a misa dominical y su homilía respectiva, jamás acuden o lo hacen esporádicamente, sino aun porque los que escuchan la homilía no acaban de sintonizar con el predicador o el predicador con ellos. El hecho es que se ahonda el abismo entre ambón y vida, entre predicación y calle, entre predicador y fieles.

- ¿Será por la brecha atribuible a generaciones antiguas y nuevas? ¿Será por el materialismo de la época, refractario a los llamados trascendentes del espíritu? ¿Será porque la raza de profetas se extingue en la Iglesia, profetas para el mundo de hoy capaces de atraer y seducir a las masas con vida y palabra clara, libre, genuina y convincente?

¿Será, más bien, porque el predicador habla distinto lenguaje del de su auditorio al no saber usar los medios de comunicación a los que el hombre de hoy está acostumbrado? Sin lenguaje común no es posible la comunicación.

La comunicación homilética, como toda comunicación, implica cuatro elementos.

- a) Quién comunica: el agente, la presencia del yo, el predicador,
- b) qué comunica: su mensaje, su vivencia, la Palabra de Dios,
- c) a quién comunica: el otro, el destinatario, los fieles oyentes,
- d) en qué se comunica: un idioma común, un sistema de signos lingüísticos comunes de que echa mano el manifestante para que su expresión sea captada por los otros.

No puede realizarse la comunicación si no hay uno que exprese algo a alguien en un sistema común de signos.

Un idioma es la lengua de una nación, de una comarca. Pero la identidad del idioma no basta por sí sola para establecer la comunicación. Un sacerdote mexicano predica una homilía en Buenos Aires, y júralo, una serie de palabras, giros e ideas resultarán incomprensibles. Un católico hispanoparlante del siglo XX

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

lee la Guía de pecadores de Fray Luis de Granada, escrita en 1567; pese a su perfección literaria, el lector medio se quedará simplemente en blanco ante no pocos lugares del libro. Cada época tiene su lenguaje. Siendo las palabras representación de las cosas y expresión de las ideas y sentimientos, si estos tres factores fueran invariables y estuvieran perfectamente reflejados en el sistema de palabras de un idioma, no habría razón, al menos objetiva, para que este sistema de comunicación se alterara. Pero siendo variables las cosas, estando sujetas a multitud de modificaciones los conceptos y los sentimientos, y no teniendo ninguno de estos factores expresión adecuada y perfecta en idioma alguno, las palabras, los giros, el lenguaje en suma, tiene que seguir, por una parte, el movimiento del mundo y del hombre y, por otra parte, tiende a expresarlo siempre con la mayor exactitud.

El lenguaje, espejo de la realidad presente tan dinámico y cambiante como el mundo y como el hombre, vive en perpetuo movimiento de acuerdo con las variaciones de las cosas, las modificaciones de la mentalidad y la intervención de los sentimientos humanos. De suerte que si el predicador quiere ser entendido, no le bastará hablar el mismo idioma oficial de la nación, sino el lenguaje determinado del momento signado con todos los matices, intereses, intenciones, valores y técnicas propias de la época, el lenguaje vivo de hoy, el de su generación, ese modo típico con que el hombre actual comunica no sólo sus ideas y sentimientos, sino su mismo ser.

Quiere decir entonces, que la tarea inicial del predicador consiste en conocer y descubrir el lenguaje del hombre de hoy para hablarle en ese mismo lenguaje a fin de poder establecer la comunicación.

¿Cómo es el lenguaje del hombre de hoy?

Por largos siglos el hombre se comunicó casi exclusivamente con palabras habladas o escritas, sonoras o gráficas, con estos signos convencionales que al representar las ideas y entretejer los juicios y razonamientos, establece una comunicación preferentemente conceptual y, por lo mismo, racional, intelectual, intelectualizada en cuanto que las palabras son vehículo material de la espiritualidad del hombre, trasbordadores de su mundo interior. Todo un enorme gajo de la historia se comunicó gracias a la palabra-concepto.

Tras varios siglos de una cultura de ideas y una educación por las palabras, entra la humanidad a una cultura de imágenes, el dulce reino de la sensibilidad, como el camino más rápido y certero para llegar a la idea.

Irrumpen, desde la alborada de este siglo, el periódico, la radio, el cine y la televisión como medios difusivamente masivos con cuyo arribo se transforma desde la raíz la comunicación del hombre, que ya no habrá de girar tanto en la palabra-concepto cuanto en la palabra-imagen; el imperio de lo racional cede al imperio de lo sensible. Nada en la inteligencia que no pase antes por los sentidos.

Un lenguaje inaugura una época de la historia, no sólo porque estas técnicas constituyen una de sus notas características, sino porque intervienen poderosamente en la creación del tipo de cultura de la hora actual, la cultura imaginista.

No únicamente los niños y jóvenes, también los adultos de este tiempo integran la generación de la imagen, son sus hijos, puesto que desde que ellos nacieron, prensa, radio, cine y televisión forman parte de su vida, de sus hábitos y costumbres. Los necesitan como el pan y como el sol. No podrían vivir si un día amaneciera el mundo sin un periódico para la hora del desayuno. ¿Y la homilía? Algo falla en la transmisión, que la voz de Dios sale toda nublada de estática, perforada de interferencias o simplemente inaudible.

Esta es la gloria y la misión de la boca del profeta, ser una Biblia parlante. Quien quiera, ahí puede oír el testamento que el Padre dejó a los hijos. La Sagrada Escritura abunda en elogios para los labios de los que anuncian el mensaje. Labios que son fuego, trompeta, lámparas, rocío, espada de dos filos, relámpago, eco sin fin hasta los términos de la tierra.

Pero he aquí que la palabra de Dios debe ser proclamada con palabra de hombre, la única palabra que tenemos, el temblor de la voz, nuestro lenguaje. Un lenguaje que puede transportar o bloquear el lenguaje de Dios, aclararlo u oscurecerlo. Anunciarlo o silenciarlo, puente o barricada.

¿Quería usted ver un muestrario del lenguaje de las homilias? En esta tienda tenemos las últimas novedades, los artículos que usted necesite. No se cobra por ver. Pase, por favor. Hablamos español, aunque sea por señas. ¿Do you speak English?

Lenguaje paternalista

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta



El presidente de la república inicia el discurso:

Conciudadanos, pueblo de México. El conferencista rompe el silencio del Aula Máxima: Señores. El maestro de ceremonias, pantalón rojo, chaqueta blanca, fresas con crema, en el baile de coronación de Miss Petróleo: Damas y caballeros. El sacerdote en el ambón de las homilías: Queridísimos hijos, amados hermanos, carísimos feligreses.

Sólo del ambón salen adjetivos. Unos adjetivos de explosión inmediata así por su significado cordial como por su significante en aumentativo. Querid-simo, amad-ísimo, car-ísimo, que los despistados entenderán como otro signo de carestía, de la inflación en turno.

Cristo se dirigió a los fieles de su microparroquia llamándoles también con el lenguaje del sentimiento. Foliolimei, el diminutivo más el posesivo; pusillus grex, el rebañito. Y de seguro no se refería tanto al número de sus oyentes cuanto al amor por sus oyentes.

San Pablo usualmente saluda a los destinatarios de sus epístolas con un lacónico “hermanos”. Por excepción dice “fieles hermanos” o “hermanos amados de Dios”. Cuando se dirige a uno solo de sus discípulos, entonces si extrema los vocativos afectuosos. Timoteo, “mi querido hijo, genuino hijo en la fe”. Tito, “hijo genuino según la fe”. Filemón, “amigo querido y colaborador nuestro”.

Los oyentes de nuestras homilías, también deben sentir que el predicador los ama. Filioli mei, quos iterum parturio donec formetur Christus in vobis.

No será necesario, en cambio, convertir la homilía en un ejercicio gramatical de diminutivos, aumentativos y posesivos. Paternidad sí. Paternalismo, no.

Tanto más que la repetición machacona del “amadísimos hermanos” en la homilía, no obedece a un exceso de afecto, sino a una deficiencia de ideas. Cuando se atranca la carreta y el predicador no encuentra cómo salir del bache, suelta la frase, quien quita y enseguida pueda hallar el cabo de la idea. Frases de relleno. Apoyos tácticos, que no en

vano se titulan “muletillas”. Adminículos para quienes cojean de los labios, que es más molesta cojera que la de un pie.

Lenguaje caduco

Nadie predica una homilía para cadáveres o nonatos. Si hablamos al hombre de nuestro tiempo, hablemos con el lenguaje de nuestro tiempo. Bien lo sabe Perogrullo.

¿Por qué no sacudir de la predicación la hojarasca seca, las expresiones superadas, los anacronismos momificados, las palabras difuntas, las frases que un tiempo circularon entre el pueblo de Dios muy vivas, muy inteligibles, pero que ahora, como el cadáver de Lázaro, *iam foetet, quadridianus est erium?*

Todavía en algunos sermones dominicales se oye aquello ya tan enigmático de la naturaleza corrompida, los novísimos del hombre, el desprecio del mundo, las potencias del alma, la economía de la gracia, la concupiscencia de los ojos, el débito conyugal. ¿Se imagina lo que sus hambrientos oyentes se están imaginando en la misa de dos de la tarde cuando les habla de “los apetitos de la carne”?

Lenguaje tópico

Horacio decía que el lenguaje es como un árbol, en la primavera reverdecen hojas nuevas. No la condición estática de los seres sin alma, sino el dinamismo de la evolución que proviene de la vida. El hecho es que unas palabras mueren y otras nacen, que el hombre de hoy no habla como el de ayer, que el lenguaje de la liturgia y la teología se ha renovado, que el Concilio Vaticano II vino a poner en circulación un vocabulario, una terminología, un sistema de comunicación verbal a la medida del cristiano de hoy.

El problema no está en usar este lenguaje, sino en volverlo repetitivo, machacón, tópico. El tópico es el lugar común, la fuente a mitad del pueblo a donde todos van a sacar agua, la misma moneda que por pasar de mano en mano pierde su brillo primitivo.

Homilias se oyen por ahí construidas alrededor de frases hechas, de cinco o seis expresiones tan tercamente reiteradas que a fuerza de exprimir su jugo, se quedaron en cáscaras vacías. Por ejemplo, compromiso de la fe, testimonio cristiano, sacerdocio bautismal, signo, vivencia, realización personal, la búsqueda de la fe. Ah, y el adjetivo “auténtico”.

Todo se ha vuelto auténtico, en la palabra, claro, fe auténtica, iglesia auténtica, concientización auténtica. De acuerdo, pero también nos gustaría añadir, homilía auténtica con lenguaje menos inauténtico.

Lenguaje técnico

Quien predica, se supone que sabe teología, por lo menos que la supo alguna vez. Y que la teología, igual que toda ciencia, posee su vocabulario, sus fórmulas peculiares, intocables algunas de tan expresivas y rigurosas, de suerte que una inadecuada modificación lingüística “sapit haeresim”. Ni lo permita Dios. Los oyentes, ya son otra cosa. Se supone que no son teólogos, por lo menos de oficio. Entonces es cuando el predicador debe traducir los tecnicismos teológicos, hacer accesible al pueblo el vocabulario de los iniciados. Muy su derecho de hablar de la epiclesis, pero muy su deber de explicar enseguida el significado, que es la invocación de la liturgia al Espíritu Santo.

Si las fórmulas teológicas no se aclaran, caen irremisiblemente al vacío atraídas por la fuerza de la gravedad.

Dígame usted si las señoritas oficinistas, el chofer de taxi, el peluquero de cortes exclusivos, Don Pedro el boticario, el muchacho que se sueña crack del fútbol, el auditorio sencillo y espeso, común y corriente, que está oyendo la misa, después de vencer sólo Dios sabe cuántas tentaciones de inercia, va a entender al teólogo que se adorna con un lenguaje críptico hablando de la metanoia y la kénosis, la anáfora y la parusía, lo epifánico, lo misterico, lo pneumático, el mistagogo y la escatología, la koinonía y la hodegética, la doctrina Joánica y las sublimes perícopas veterotestamentarias.

Lenguaje callejero

Metafísico hasta el tercer grado de abstracción total, y por lo visto muy poco salado el hombre, Aristóteles se dignó un día memorable ocuparse de la sal sentenciando que era muy útil como condimento, no así como alimento.

Igual que el uso de palabras y giros populares en la homilía. Bien está usarlas alguna vez, con oportunidad y gracia, a propósito de ciertos temas, ante determinados públicos. Siempre como condimento. Pero impregnando de sal toda la homilía, vestirla de jerga, caló y jerigonza, lenguaje de germanía, vulgaridad chocarrera, manantial de gracejos, con el pretexto de hacerse uno simpático y municipal, democrático y

<http://formacioncristianaevangeliiigaudium.com/> Email: evangeliiigaudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

republicano al mismo tiempo, muy del pueblo y para el pueblo, definitivamente en onda gruesa, lo que se llama muy “in”, hablando del tú por tú al estilo de la broza perdularia, es tanto como rebajar la dignidad de la palabra de Dios, la dignidad del profeta y la dignidad de los fieles que San Pablo llamó santos en el Señor.

Lenguaje oratorio

Señores oradores, tengan ustedes la bondad de perdonarme. No tengo nada contra el lenguaje de veras oratorio, sino respeto, admiración y santa envidia. Debería yo haber escrito “lenguaje pseudo- oratorio”.

Solo el orador es capaz, según San Agustín, de que la verdad ilumine, convenza y agrade. Los tres ingredientes en perfecto coctel.

El aprendiz de orador disfraza la impotencia doctrinal con potencia gutural, la falta de contenido con la demasía de forma, la ausencia del fruto con la presencia de un bouquet de flores, superficie sin profundidad, vox clamantisime deserto.

¿Recuerda usted ciertos panegíricos de antaño en homenaje del Santo Patrono del lugar, cruzados por ráfagas de adjetivos; ciertos fervorines de primera comunión donde desfilaban metáforas climatéricas, el rosicler, la aurora de rosados dedos, las perlas del rocío, los celajes de las nubes; ciertos sermones de campanillas, campanudos, ampulosos, altisonantes, ganga y encajería, sustantivos orondos, verbos retumbantes, adverbios de modo, interjecciones de Apocalipsis, pirotécnica verbal?

Antaño es hogaño. Fray Gerundio de Campazas aún se pasea por los ambones. Sus mofletudos carrillos. Se ilumina su sombra. Luego suelta al aire un manojo de globos de colores que la punta de un alfiler desinfla. La hinchazón no es salud, sino enfermedad.

Lenguaje casi ideal

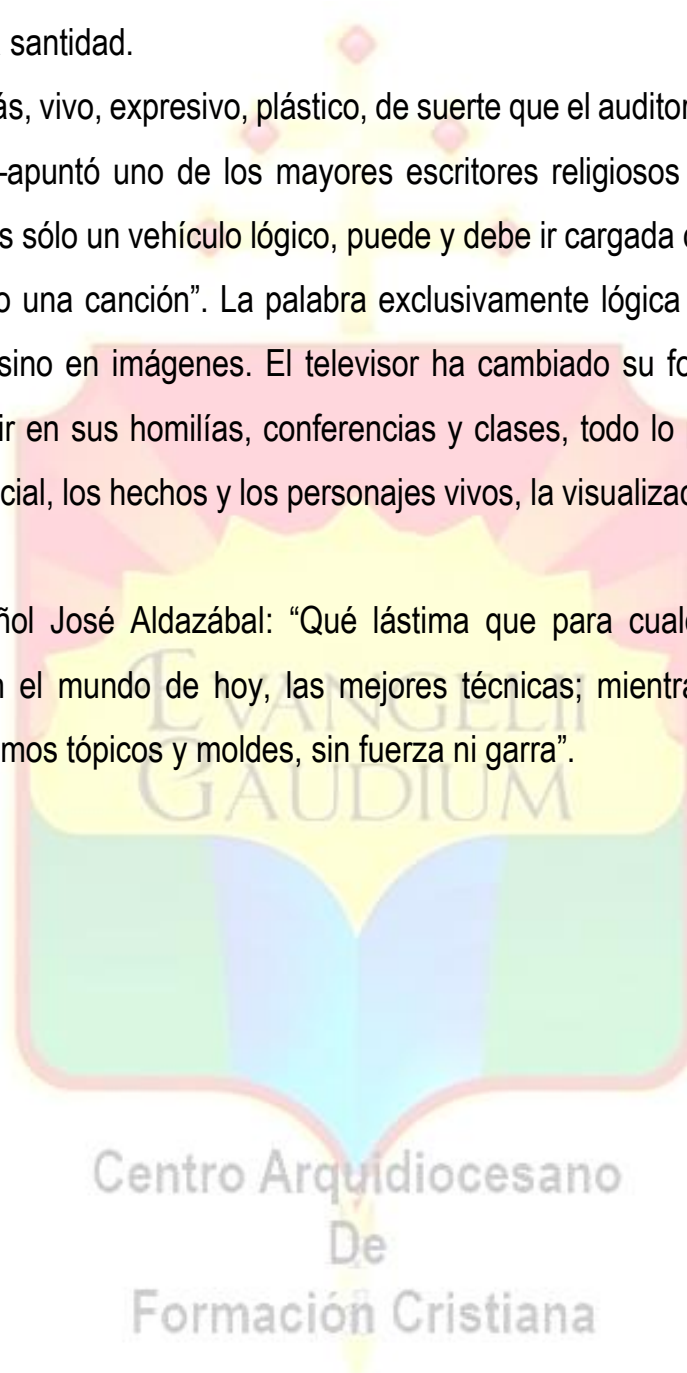
San Pablo predicó en el Areópago partiendo de la cultura y del lenguaje que entendían los atenienses. El lenguaje homilético debe ser accesible, entendible, llano y claro, concreto y digno, de acuerdo con la preparación y nivel de cada auditorio; pero accesible no significa lenguaje trivial y vulgar. Abraham Lincoln, presidente de Estados Unidos de América, aludía a un predicador que, en dos horas, no decía nada: “Es el hombre más hábil del mundo para meter un máximo de palabras en un mínimo de ideas”.



Lacordaire, príncipe de los oradores franceses —sin olvidar a Bossuet—, oyó predicar sobre el Espíritu Santo al humilde cura de Ars, Juan Bautista Vianney; quedó conmovido por aquel lenguaje sencillo y claro, inflamado por el fuego de la santidad.

El lenguaje debe ser, además, vivo, expresivo, plástico, de suerte que el auditorio “vea” lo que el predicador va diciendo. “La palabra —apuntó uno de los mayores escritores religiosos del siglo, José Luis Martín Descalzo—, la palabra no es sólo un vehículo lógico, puede y debe ir cargada de imágenes y golpear a los nervios como una imagen o una canción”. La palabra exclusivamente lógica es una voz descarnada. El hombre de hoy no piensa sino en imágenes. El televisor ha cambiado su forma de pensar. Por eso el predicador precisa introducir en sus homilías, conferencias y clases, todo lo positivo del lenguaje de los medios de comunicación social, los hechos y los personajes vivos, la visualización, el color, el movimiento, la naturalidad.

Se dolía el liturgista español José Aldazábal: “Qué lástima que para cualquier mensaje comercial o publicitario, se empleen en el mundo de hoy, las mejores técnicas; mientras que para la predicación solemos reincidir en los mismos tópicos y moldes, sin fuerza ni garra”.



Centro Arquidiocesano
De
Formación Cristiana

Capítulo XIII La necesaria claridad

Trata de la claridad que ha de tener una homilía en contraposición del Laberinto de Creta, las catacumbas y el metro. Se añade un esolio sobre turismo. Viaje hoy, pague después.

Cuando el escritor español Eugenio D'Ors terminaba de dictar algún ensayo a su secretaria, le preguntaba:

—Señorita, ¿entendió usted, quedó todo claro?

—Sí, señor.

—Entonces vamos a oscurecerlo.

Uno de los personajes de la antigua película “Las vírgenes de Wimpole” levantaba las manos al aire. “Mis poemas, en un principio, los entendíamos Dios y yo. Ahora sólo los entiendo yo”.

¿Entenderán los fieles nuestras homilías? La claridad, he aquí la cualidad primordial del estilo homilético.

Claro, define el diccionario, es lo bañado de luz, lo que se distingue bien, lo limpio, puro, transparente y terso, lo evidente y manifiesto, la abertura por donde penetra la luz, el sitio sin árboles en el bosque.

Cuántas homilías caen sobre los fieles como noche cerrada, bosque de lianas, cortinas de humo, el reino espeso de la confusión, las tinieblas exteriores, ahí será el llanto y el crujir de dientes.

Llorosas y crujientes salían las almas después de oír las homilías del padre Nicanor. Debió de haber nacido este bendito padre en las Cuevas de Altamira, en las Grutas de Cacahuamilpa o en el mismísimo Laberinto de Creta. Válgame Dios, cuanto predicaba eran largos túneles y vericuetos subterráneos, debió tener vocación de espeleólogo o conductor del metro. Retorcía lo sencillo y oscurecía lo claro. Unos se quejaban del vocabulario, otros de la sintaxis, todos de la exposición de las ideas. Hablaba en cábala, adivinanza y crucigrama. Tentados estuvieron unos laicos de centro- derecha de suplicar al señor obispo el cambio ipso facto del padre Nicanor y aun se llegó a hablar de recurrir a las altas jerarquías, el Delegado Apostólico o la Sagrada Rota. Pero si el domingo el padre Nicanor desilusionaba a sus oyentes con la impenetrabilidad de sus prédicas, el lunes los reconfortaba con el ardor de su celo. Ni hablar, era un hombre muy trabajador.

Hay predicadores que tienen miedo de ser claros, que no se resuelven a decir las cosas limpiamente. Tal vez se les figura que claridad es superficialidad. Se puede ser profundo y claro, como se puede ser superficial y oscuro. Una cosa es la hondura del pensamiento y otra muy distinta el jeroglífico y la esfinge.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

Hablando de Zorrilla de San Martín, escribía Unamuno: "Un orador, un verdadero orador es aquel que con expresarse en la lengua misma en que hablan todos sus vecinos, sirviéndose de las mismas palabras de que ellos se sirven y construidas según la misma sintaxis con que ellos las construyen, parece sin embargo que va creando su lengua según habla, que las palabras florecen virginales en sus labios".

El predicador es maestro, y no se puede ser maestro si no se enseña con claridad. ¿Enseñó Cristo con enigmas? La piedra de toque del verdadero maestro es precisamente la claridad. Si los discípulos entienden siempre y todo, señal que tienen maestro, lo que se dice maestro. Pero si los discípulos se hacen cruces ante los embrollos y galimatías que salen de la cátedra, entonces no tienen un maestro sino un simulador.

El estilo predicacional será claro cuando el pensamiento del que habla penetra sin esfuerzo en la mente del auditorio. ¿Te entiende tus homilias? Señal de que eres claro. ¿No te entiende? Buenas noches, padre Nicanor. La claridad es total de varios sumandos. Porque es necesario un léxico transparente, una sintaxis limpia, un pensamiento diáfano, una exposición luminosa.

La claridad no se logra con ideas claras pero con palabras oscuras; ni con palabras claras pero con ideas oscuras. Todo tiene que ser luz, hasta la sombra. (Goethe al morir: Luz, más luz).

Claridad en el vocabulario

Huir tanto de palabras técnicas, comprensibles sólo para iniciados, como de palabras raras que serán todo lo castizo que ustedes gusten, pero por ser cultas no están al alcance de las mayorías.

Un lánguido oyente del padre Nicanor que trabaja en una fábrica de bicicletas, vino la otra noche a pedirme el diccionario mayor de la lengua para descifrar una homilía que había registrado en su grabadora. El pobre se pasó dos horas lidiando con hipóstasis, elitismo, pericopa, cerúleo, libido, koinonía, ontológico, ataraxia, escatológicamente, irenismo, biotipo y embolismo, que le sonaba a derrame cerebral.

En caso de necesitar tecnicismos, ¿por qué el padre Nicanor no los traduce y explica apenas salen de sus labios? Y en cuanto a cultismos, preciosismos y demás joyería falsa, ¿por qué no reserva el frac para recepciones de palacio?

Juan Valdés escribió en el Diálogo de la Lengua: “El estilo que tengo me es natural y sin afectación ninguna, escribo como hablo, solamente tengo cuidado de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir, y dígolo cuanto más llanamente me es posible, porque a mi parecer en ninguna lengua está bien la afectación”.

Demos un paso más. El predicador usa palabras, giros, y por supuesto conceptos, que para él son muy claros, como redención, Mesías, bienaventuranzas, padres de la Iglesia, sinópticos, inmaculada concepción, que casi es el vocabulario elemental de la teología, y que sin embargo resultan oscuros e incomprensibles para buena parte de católicos en vista de su analfabetismo religioso.

Michonneau lo dice de Francia; no se puede esperar menos de nuestros países de cristianismo masivo. He aquí el test verídico y riguroso. De una homilía se entresacaron estas seis palabras y se preguntó por su significado a varios oyentes.

Redención. Una empleada contestó: significa perdón. Una enfermera: es la muerte de Cristo. Una novia: Cristo murió por todos. Un estudiante: lo supe, pero no me acuerdo.

Mesías. Una ama de casa: no sé. Un maestro: Cristo. Un adolescente: personaje que esperaban los judíos. Bienaventuranzas. Un empleado: lo que Cristo dijo. Una secretaria: no me acuerdo. Un anciano: Cristo quiere que a todos nos vaya bien.

Padres de la Iglesia. Una muchacha: los sacerdotes. Un joven: los obispos.

Sinópticos. Nadie supo.

Inmaculada Concepción. Una señora: que María es toda pura. Una estudiante: tengo la idea, pero no sé cómo decirlo. Un obrero: que María fue virgen.

¿No fallará la predicación porque el sacerdote supone que los fieles saben tanto como él? ¿Por qué no descender al nivel del auditorio precisamente para elevarlo? ¿Por qué no convertir la homilía en instrumento de evangelización que vaya al fondo de la realidad?

Claridad en la sintaxis

Cicerón idealizaba, quería que el orador, como perfecto auriga sujetando el compás de cuatro caballos pura sangre, construyera cláusulas cuádrimembres. Sueño de una noche de verano. Porque las parrafadas

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

ampulosas y arborescentes colmadas de oraciones secundarias, complementos, incisos y apartados suelen esconder una doble trampa, hacen que el predicador se enrede y enrede al auditorio.

Dejar en santa paz el período kilométrico de ancha y difícil andadura. Adoptar una sintaxis de ritmo rápido, funcional y pedagógico.

No dos o tres ideas en un mismo párrafo, sino en desarrollo sucesivo, una después de otra. A cada idea, su párrafo y su pausa. Cuando se haya concluido de exponer una idea, cuando tenga sentido completo, hasta entonces comenzar un nuevo párrafo.

El período es un conjunto, un todo, una unidad, una arquitectura; representa el desarrollo de un pensamiento con una idea central como eje y expresada dicha idea por medio de una agrupación de miembros organizados en torno a un verbo y tras un sujeto como guía. No perderse, saber dónde anda uno para que los demás lo encuentren.

Una sintaxis desorganizada, descuartizada, caótica, donde se toma un sujeto y enseguida se le abandona, donde se presenta una idea y no se la acaba de explicar ni se le liga con la siguiente, donde no se respeta el orden lógico o psicológico del pensamiento, donde la oración principal queda ahogada por la avalancha de cauces secundarios, es claro que esta sintaxis, esta anti-sintaxis, impida la comprensión de los oyentes. No son ganas de gramaticalizar. La construcción viciosa de la homilía bloquea la transmisión del mensaje.

Claridad en las referencias

El padre Nicanor ha tenido la gracia de asistir a tres jubileos de Año Santo: 1925, 1950 y 1975, y aún espera sobrevivir para el del año 2,000, aunque eso es lo que ha hecho en toda su vida, sobrevivir. Con ese motivo ha estado varias veces como humilde peregrino en Roma y en diversas naciones de Europa y Asia. Gracias actuales que el Espíritu Santo ha derramado con abundancia en su alma y a las que el padre Nicanor ha sabido responder con fidelidad.

Por eso salpica sus homilías con alusiones geográficas, históricas y artísticas. El turismo al servicio de la pastoral, por lo que la pastoral ha estado al servicio del turismo.

El padre Nicanor dice: "Es falso lo que el maestro de Viena afirma sobre la sublimación del sexo". De tener ojos negros, el auditorio los pone en blanco. El padre Nicanor dice: "Ustedes recuerdan las Catacumbas

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta



de San Calixto”. Honradamente nadie las recuerda porque nadie las conoce. El padre Nicanor dice: “Aquel gran pontífice que fue San Pío V”. Pero ¿quién fue San Píoquinto y por qué fue gran pontífice? No se contente usted con aludir, no dé por conocido lo ignorado. Qué le cuesta una frase explicativa, una flecha en el camino, o la oscuridad subirá al ambón y su reino no tendrá fin.

Claridad en el orden de las ideas

Homilía sobre la inmaculada concepción de María:

—Idea primera: en qué consiste este privilegio. La llena de gracia.

—Idea segunda: por qué sólo María lo tuvo. La Madre de Dios.

—Idea tercera: cómo Cristo obró en María su redención. La primera redimida.

Eso es, establecer una jerarquía de ideas, la escala de Jacob y los ángeles descendiendo. Sin orden, sin dividir el tema en partes, no es posible la claridad. Donde hay esquema hay luz.

Y luego que las transiciones sean vigorosas y notorias, que el auditorio se dé cuenta cuando se pasa de una idea a otra. Pisar fuerte cada vez que se suba un escalón.

Sólo así la homilía tendrá la nitidez de los cables del telégrafo, unos debajo de otros, diferenciados y netos contra la luz, en vez de esas confusas telarañas que ni Penélope ni el santo Job podrían jamás tejer y destejer, ella con fidelidad, él con paciencia.

Claridad en la exposición de las ideas

“El hablar nace del entender”, decía Fray Luis de León. Si no se piensa claro, se hablará oscuro. “Nunca las palabras faltan a las ideas, —escribe Joubert en los Pensamientos—; son las ideas las que faltan a las palabras”.

Iluminar, enseñar, partir el pan a los pequeños, hacer accesible la palabra de Dios con humildad de espíritu y eficacia pedagógica, sin escatimar esfuerzos para darnos a entender.

Entre más oscuro sea lo que prediquemos, más claros debemos ser. De noche es cuando encendemos la luz eléctrica.



Dichoso el siervo claro y luminoso de quien sus oyentes atestiguan: “Entendí todo lo que él decía”. Os digo que será invitado a juzgar las doce tribus de Israel y algunas otras por si hiciera falta.

No es raro que la oscuridad de la homilía proceda del cúmulo de ideas que el predicador trata de exponer en vano. En vano, porque no es posible desarrollar varias ideas en el corto tiempo que dura la predicación. Y porque en los países de cristianismo masivo y poco ilustrado, los fieles necesitan ahondar en una misma idea.

El martillo y el clavo. El predicador ha de hacer girar su homilía en torno de una idea central, un clavo en la mano, no muchos clavos, pero sí muchos martillazos. Una idea expresada de diversas maneras hasta que penetre a la mente y al corazón del auditorio.

No tener miedo de repetir la misma idea expuesta desde luego con diversas formas. Repetición legítima, puesto que se trata de mover la voluntad del oyente y no es posible moverla con un solo impulso; porque es necesario iluminar su inteligencia, y al auditorio no se le puede pedir ni demasiada atención, ni demasiada sutileza; y porque si en el estilo escrito una repetición seria inútil y aun viciosa, en la oratoria pasa inadvertida, sobre todo cuando es más difícil retener lo que se oye que lo que se lee.

Claridad, he aquí la consigna. Rubén Darío escribió: “Es obra de bien el no ser predicadores de la tumba. Bendito sea aquel que siempre anuncia la aurora. El primer deber es dar a la humanidad todo lo azul posible”.

Vean Sus Señorías lo que aconteció al capellán de Carlos II de Inglaterra cierta vez que predicaba a toda la corte reunida. Como el sermón había estado oscurísimo sin que nadie entendiera, se durmieron los oyentes. Entonces pronunció fuertemente el nombre del conde Lauderdale. Este se despertó sobresaltado, mientras el capellán le decía: Perdóneme, señor, por haber perturbado su reposo; no quería más que rogarle que roncara un poco más suave, porque podría despertar a Su Majestad el Rey.



Capítulo XIV Lenguaje corporal

Se recomienda encarecidamente al predicador que haga gestos y visajes, o lo darán por muerto, pájaro mojado, parálítico de tiempo completo o estatua de la edad de piedra.

Es extraño. Donde uno pone los ojos ve gestos, menos en el ambón de la homilía. El profesor en el aula, el artista en el cine, el cantante en el show, el anunciante en la televisión, los contertulios en el café y no se diga las señoras liberadas jugando baraja. Para no aburrirse en el metro, diviértase usted con los visajes de la gente. La calle, la calle es un desfile de gesticuladores. Vuelve otra vez el circo.

Al hablar ponemos naturalmente en juego los labios y su contexto. Hablamos con los ojos, las cejas, los brazos, las manos, los dedos, hablamos hasta por los codos y, en dado caso, -los pies entran en funciones de adverbios de modo o rotundas interjecciones. Todo lo movable lo movemos para hablar. Y entonces el lenguaje deja de ser ese desinflado hilillo de voz tartamudeante para convertirse en un cuerpo, un alma, todo un ser vibrando comunicándose en un lenguaje total, ese sí expresivo, impulsivo, explosivo. Hasta los sordos oyen, por lo menos inventan.

Gregorio Marañón en su pequeño gran libro sobre la Psicología del gesto demuestra cómo la vida moderna está, como no lo estuvo nunca, influida, condicionada y a veces subvertida y anegada por la gesticulación, y cómo los líderes de hoy conducen y arrastran a las muchedumbres por gestos más que por ideas. Una idea, es decir, un razonamiento lógico y frío, jamás ha movido a la masa humana, sino el gesto, la emoción con que se inflama una idea.

Gesto es toda expresión de las pasiones y sentimientos, hágalo la cara, la mano o el cuerpo. De tal manera se activa el movimiento del alma que pone en movimiento a todo el cuerpo. Sin emoción no hay gesticulación. Orador que no siente, orador que no se mueve.

Juan de Huarte escribía que “es tan importante la gesticulación en los predicadores que con sólo ella, sin tener invención ni disposición, hacen un sermón que espanta al auditorio”.

Para descubrir cuánto puede la fuerza y la gracia del gesto, basta el testimonio de los oyentes de Lacordaire. Sus sermones en Notre Dame de París, el espíritu y la acción con que los hacía vivir, subyugaban como la mejor puesta en escena. Vertidos al papel, apenas se dejan leer.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

¿Por qué si el predicador es liturgo, actor, primer actor de la liturgia, por qué ha de ser el único actor del mundo que ignora y aun desprecia el valor de la gesticulación? ¿Y por qué los oyentes de una homilía han de ser los únicos oyentes del mundo condenados a tener enfrente a un paralítico de tiempo completo, una estatua parlante, un precadáver a medio embalsamar?

Nadie piense que el gesto es un adminículo artificioso que se añade a la homilía, sino el complemento natural de la expresión oral, como el eco del lenguaje. Si gesticulamos cada vez que hablamos, ¿por qué no gesticulamos cuando predicamos? ¿Por qué allá si y aquí no?

Al predicador actual de homilías inactuales, no hay que atajarlo con un “no te muevas tanto”, sino empujarlo con una “muévete un poco”.

Los ocho, diez minutos que dura la homilía, un señor tranquilote, manso cordero, camisa de fuerza, pájaro mojado, esposado, maniatado, estatuario de frente y de perfil. Pero déjalo que acabe la homilía y la misa, y ya lo verás por la calle o en el fútbol gesticulando a sus anchas. Ah, pícaro.

Predicadores del mundo, manos arriba. *Sursum corda*. Mientras el corazón no lata, ni la garganta ni el cuerpo. Dejad el juego de los encantados. Soltad los brazos. Sin miedo. La inmovilidad es lo ficticio, el gesto es lo natural. *Vita est in motu*, que dijo el otro.

Sé de un seminario mayor donde un maestro de teatro da a los estudiantes de teología un curso de actuación. Los enseña a mover desde el antebrazo hasta el meñique. Dichosos ellos y, en el futuro perfecto, dichosos sus oyentes o videntes.

Para que no nos juzguen de teatrales o teatreros, aquí nos limitamos a unas cuantas reglas de sentido común, que ya es ventaja.

El cuerpo

Elige con la mejor estrategia el lugar desde donde vas a predicar. ¿El ambón? ¿La sede? Donde seas más visible y audible. Si Cristo no se sube a la barca para que los fieles lo miren, queda el recurso de que Zaqueo se trepe al árbol.

Recargado sobre el ambón, no. Ni torcido, medio caído hacia adelante, encorvado. Actitudes laxas de pereza o indolencia. Erguido siempre, erguido con naturalidad.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

Evita la rigidez, cual si te hubieras tragado una antena de TV. Es preciso que el cuerpo viva, que esté en movimiento.

Puedes dar algún paso, cambiar de posición, inclinarte alguna vez, pero no juegues al péndulo, tiene efectos soporíferos.

El rostro

No pongas cara asustada, solemne, de muy señor don, enojada, ridícula, congestionada, tensa, abrupta, maquiavélica, hamletiana, mefistofélica. Por favor, la cara de todos los días. Y si te esfuerzas por una cara amable y “una cierta sonrisa”, mejor. Caen más moscas en una cucharada de miel que en un tonel de vinagre. Bien dicho, querido y casero San Francisco de Sales.

Hay predicadores que más que caras ostentan caretas. Rostros de madera de mezquite. Máscaras inexpresivas de teatro griego. Yelmo invulnerable de caballero andante. La cara del orador ha de ser pizarrón electrónico donde el auditorio lea al instante los sentimientos. Pantalla televisiva, eso es.

Evita las muecas, los visajes, los tics nerviosos. Esa ceja que se enarca gatunamente, ese labio fruncido de asco, esa nariz que se arrisca, esa lengua mojando los labios, ese parpadeo de semáforo, y morderse el dedo, rascarse la cabeza, frotarse las manos, tronar los dedos, acomodarse las gafas, consultar el reloj de pulso, limpiarse el sudor, materia preciosa para análisis freudiano, función gratuita de pantomima no apta para menores.

Los ojos

Príncipe del discurso, y además su teórico, Cicerón afirmaba que toda la fuerza oratoria del rostro radica en los ojos. *Omnia in oculis sita sunt.* (¿Queda por ahí algún canónigo que sepa latín o que por lo menos lo haya olvidado?)

Varios millones de norteamericanos de costa a costa, incrédulos o creyentes, sintonizaron cada semana y por largos años con las charlas de Fulton J. Sheen, literalmente predicador en las azoteas. Los críticos decían que el éxito del obispo auxiliar de Nueva York se debía en gran parte a la fuerza de sus ojos, su lenguaje cambiante y subyugador.

Los ojos, encantadores de serpientes. El orador puede domesticar con la mirada a esa hidra de cien cabezas que es el auditorio. Necesita verlo, estarlo viendo siempre, ver a todos, hasta la última banca, pasear la mirada como el faro barre las olas.

Brazos y manos

Son accesorios principales del gesto oratorio y, sin embargo, andan por ahí predicadores que no saben qué hacer con sus extremidades superiores mientras dicen la homilía. ¿Cruzar los brazos, juntar las manos en trance de arrobamiento, esconderlas detrás de la espalda, guardarlas en inencontrables bolsillos, afianzarlas del micrófono, pasarlas sobre el mármol frío de una columna, donde dejar las manos por un rato?

El ademán ha de ser natural, discreto, elegante, gráfico, armonizado, compañero de la palabra, simultáneo a la palabra, ni antes ni después, o estalla la carcajada.

No ademanes de nadador, braceando sin parar, campeón olímpico, arriba y abajo, aspas de molino.

No ademanes de boxeador, Mike Taysori en la lona, bruscos, imprudentes, volcánicos golpes de mano, dinamita pura.

No ademanes de gimnasta, angulosos y geométricos.

No ademanes de Charles Chaplin, los fabulosos veintes, el cine mudo, cuando la película pasaba dieciséis imágenes por segundo: gestos nerviosos, rápidos, supersónicos.

No ademanes de máquina pesada, mecánicos, estereotipados, siempre los mismos repitiéndose hasta el cansancio. Sube el brazo derecho, luego el izquierdo, vuelve el derecho y así hasta la eternidad.

No ademanes de actor teatral, muy estudiados, efectistas, pulquérrimos, archiartificiosos.

No ademanes de propulsión a chorro. Movimiento continuo, veleta vuelta loca, a un paso de la epilepsia, mal de Parkinson, baile de San Vito. No es necesario gesticular todo el tiempo, los ademanes perderían su fuerza. Saber alternar el movimiento y el reposo, lo que Monsabré llamaba “los contrastes de la acción”.

Los artistas de la Opera de París acudían a los sermones del ilustre Lacordaire para aprender e imitar la precisión perfecta de su lenguaje corporal.



Capítulo XV El reloj y la homilía

Se encontraron predicadores que no usan reloj de cuarzo ni de arena. Quirino ahogado en el río Danubio. El cloroformo verbal adormece como el otro. Nuevo tipo de sandwich.

El 15 de junio celébrase el día de San Quirino mártir. El año 310, bajo la tiranía del prefecto Amancio, Quirino fue condenado a muerte por negarse a ofrendar sacrificios a los dioses de Roma. En Sabaria, muy cerca del Danubio, se cumplió la sentencia. Dos sayones de Amancio ataron una enorme rueda de molino al cuerpo de Quirino y lo arrojaron al río para que más rápidamente se ahogara.

Mas sucedió un milagro; la enorme piedra flotó en la superficie de las aguas. De pie sobre la rueda Quirino empezó a predicar a la multitud que habíase congregado para ver su ejecución. Habló, habló largamente. De pronto, la rueda de molino se hundió y Quirino murió ahogado. Cuando llegó al paraíso, preguntó cortésmente al Señor:

—¿Por qué, Señor, me hiciste perecer?

—Quirino, suspiró Padre Dios, hablaste bellamente; pero te extendiste demasiado. Ni yo, que soy eterno, pude aguantar sermón tan largo.

El suscrito que habla —como solía decir un alcalde de pueblo—, os puede asegurar, venerables hermanos, que oí una misa dominical con esta cronometría: 8 minutos duró la liturgia de la palabra, 20 minutos monopolizó la homilía, 10 minutos se llevó a marchas forzadas la liturgia eucarística. ¿Cuáles son los peligros de las homilías kilométricas, de permanencia voluntaria?

1) La misa se convierte en un emparedado (léase sandwich), en el que la homilía se erige como el abundante y soberbio relleno colocado entre las dos ligeras tapas de la liturgia de la palabra y de la liturgia eucarística, cuando que la homilía debe guardar el humilde papel de conducir la liturgia de la palabra y dar paso a la eucarística.

2) Una homilía excesivamente larga rompe el ritmo interior de la celebración, ya que se corre el peligro de creer que lo verdaderamente importante es la palabra humana del predicador, y no la Palabra de Dios y el misterio sacramental. A no pocos predicadores les preocupa más la emisión de su bien cortada homilía



que el resto de la celebración. (¿Cortada? Pero si tales homiletas lo que no quieren es cortar su interminable perorata de propulsión a chorro).

3) Cuando se prolonga la homilía, el celebrante recupera tiempo precipitándose en la liturgia de la Eucaristía a la que relega como simple acompañante del sermón.

4) Con tantas ideas, tantas palabras, tantas interpelaciones y tanto tiempo, el predicador acaba anegando en los pobres fieles, su sincero deseo de oír, atender y aprovechar, hasta que llega el momento que experimentó San Pablo por alargar su prédica, los fieles se aburren, bostezan, se duermen, es decir, los duermen. Con tan eficaces efectos de cloroformo, los fieles cabecean en un dulce sueño reparador, como si estuvieran afirmando que están de acuerdo con lo que dice el predicador. 5) Las homilías deben mover los corazones, no los traseros.

¿Cuánto tiempo debe durar una homilía?

El insigne poeta Antonio Machado definía: “El hombre es el único animal que usa relojes”, excepto algunos predicadores. El liturgista Luis Maldonado, en su libro *Homilías seculares*, opina que la homilía debe durar 7 minutos y que “pasar de los 10, es atravesar la frontera mortal, ya que la homilía queda electrocutada, es decir, muy perjudicada”. Se puede decir tanto y tan bien en 7, 8 minutos; como en 20 a veces ni se dice nada ni se dice bien.

Aquel orador aseguraba de su discurso: lo hice largo, porque no tuve tiempo de hacerlo corto. La homilía preparada a conciencia será siempre breve.

Predicaba en Madrid con gran aplauso, el jesuita Baltasar Gracián (1601-1658), escritor clásico de vigorosa erudición y fina pluma. Acuñó esta máxima, de veras máxima: “Lo bueno, si breve, dos veces bueno”. O como escribió mi señor don Miguel de Cervantes Saavedra en el Quijote: “Nunca lo bueno fue mucho” (Parte 1, cap. 11).



Capítulo XVI El auditorio

Sobre la necesidad de que el predicador conozca a su auditorio en *close-up* y alta fidelidad. Recorra a Rayos X y a Tomología. En casos de duda, consúltese la receta de la corrida de toros.

Cómo no. La homilía es mucho más fácil, porque no hay ninguna fácil, si se predica a grupos homogéneos. La homilía del convento, donde el Jardinero del domingo de pascua cortó las flores con las mismas tijeras, todas santas mujeres, instaladas en las moradas séptimas o a punto de instalarse. La homilía de la misa de los niños, una misa con sabor a patio de recreo, caramelos en la boca, alguna muñeca muy católica cumpliendo la obligación dominical, delicioso y bullanguero volantín de fiesta. La homilía del seminario, concierto de cámara, los corazones al unísono. La homilía de la misa de la juventud, coincidencia de ideales y problemas. A toda ley la homogeneidad del auditorio. Pero...

El sacerdote no puede ni debe seleccionar a sus oyentes. Al templo, como que es redil, entran las ovejas que quieren y cuando quieren, como Pedro por su casa. Bienvenidas sean todas las ovejas. Blancas y negras. Mansas o broncas. Cojas o aceleradas. Recién nacidas o recién envejecidas. Lanudas o trasquiladas. Fieles o pródigas. Yo soy el buen pastor, ¿conozco a mis ovejas?

Quienes asisten a la misa y a la homilía dominical forman ordinariamente un público heterogéneo y policromo. Nuevo Pentecostés que congrega a toda raza, lengua y nación. Los siete colores del arco iris. El tutti frutti en su apogeo.

Representados están los sexos, con el habitual superávit femenino. Presente y erguida la pirámide de edades, desde la ancha base de explosivos lactantes y menores de edad hasta la delgada cúspide de septuagenarios artríticos y bienaventurados. Sentados, codo con codo, el campesino analfabeto y la secretaria trilingüe, el obrero textil y el capitán de empresas, el semi-católico peso pluma y el catoliquísimo peso completo, el adúltero del sábado y el justo de todos los días, el conservador del Concilio de Efeso y el progresista del Vaticano IV. Rico muestrario de sexos, edades, profesiones, culturas, ideologías políticas, estamentos sociales, apartados religiosos. In domo Patris mei mansiones multae sunt.

¿A quién predicar? ¿A una parte de la asamblea o a toda la asamblea? Y en tal caso ¿adoptar una cierta neutralidad que más o menos cubra a todos y a ninguno?

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

No es el auditorio el que tiene que adaptarse al orador, sino el orador al auditorio. Igual que el buen torero, lidia cuanto sale por la puerta de toriles, un manso o un peligroso, venga lo que viniere. Cada toro, su faena. Cada auditorio, su homilía. Sin fórmulas prefabricadas ni esquemas estáticos.

El mismo tema, pero el tratamiento diferente. Siempre la misma voz, siempre distinta la tonada.

Predicadores hay que predicán para sí mismos, hablan de lo que quieren y como quieren, cual si no existiera el auditorio. Otros parecen dirigirse a una porción escogida de quienes están en misa, el grupo selecto y avisado, de suerte que ante homilía tan clasista unos entienden todo y otros no pescan nada, unos se fijan y otros cabecean, unos salen hartos de bienes y otros, como el Magnificat, sin cosa alguna.

Homilía para todos o para ninguno, he aquí la cuestión. Nada fácil. Hablar directamente a su auditorio, a ese y no a otro. Hablar "a", no "ante" los oyentes. Comunicarse no con una masa sin rostro sino con cada uno en lo personal, saber partir el pan para que alcance a todos, manejar ideas y vocabularios al nivel medio de la asamblea, dejar sobre cada cabeza una llama individual del mismo fuego. Pentecostés. Cada oyente oía a los apóstoles hablar en su propia lengua. ¿Qué caminos seguir?

Preparar y decir la homilía, supone tanto el conocimiento de la palabra de Dios que se anuncia como la problemática del hombre que es anunciado. Por eso los mejores instrumentos del predicador tienen que ser la Biblia y el periódico, la historia de Dios y la historia cotidiana de la humanidad.

Como si se tratara de círculos concéntricos, el predicador necesita conocer de lo general a lo particular:

— la situación del hombre y del cristiano de hoy, la cultura en que está inmerso, sus problemas e intereses, su psicología y lenguaje;

— la situación de la zona o parroquia en que el sacerdote trabaja, ya que ajuicio de los sociólogos religiosos no existen dos parroquias iguales, así sean colindantes. Cada una su fisonomía, su irrepetible pigmentación;

— la situación específica de la asamblea a la que dirige la homilía, de suerte que el predicador descubra y encuentre a los fieles en su propia vida concreta y real. ¿Quiénes son? ¿Qué hacen? ¿Cómo es su vida de hombres y de cristianos? ¿Sería mucho pedir al sacerdote que antes de predicar se informara sobre el auditorio que va a escucharlo?

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

Sólo así el mensaje evangélico tendrá la fuerza de la encarnación, el calor de la realidad, la verdad del hecho, la sintonía con lo concreto, la puesta en práctica de la Palabra.

El auditorio no es una masa fija y estática como la montaña, sino cambiante a cada misa como las nubes o las olas. Varía con la geografía, el tiempo, el hábitat, las edades, el tipo de trabajo, la clase social o cultural, los problemas de fe y práctica religiosa. El cambio de auditorio obliga al cambio en el modo de dirigirse a él.

En cualquier caso, el predicador tiene que hacer un esfuerzo para conocer a fondo la psicología del hombre de hoy, del hombre que hoy forma parte de un auditorio. Si el predicador tiene veinte años de sacerdocio, el auditorio que escuchó sus primeras homilias, apenas tiene semejanzas con el que lo escucha ahora. Han cambiado los rostros y las almas. Entre uno y otro, corren ríos sin puentes de comunicación. Si continúa aferrado a los mismos esquemas mentales y verbales del primer día, el predicador se encontrará como un turista en el extranjero, ni él entiende a los demás ni los demás lo entienden a él.

El auditorio antiguo poseía menos cultura y conocimientos personales, mayor sencillez psicológica, tiempo y calma para oír, confianza en el predicador a quien consideraba en todo superior a él, jerarquía y respeto ante los valores, docilidad y facilidad para dejarse llevar, voluntad generosa y apta para actuar.

El auditorio moderno surge con mayor cultura e ideas propias, opone resistencia a ser invadido o persuadido, tiene menos respeto y admiración por el predicador, tendencia crítica y opositora, menor interés por los problemas espirituales y trascendentes.

¿Qué exige el auditorio del predicador?

Quiere sencillez, aborrece la retórica solemne, las frases almibaradas, las flores postizas, la hinchazón oratoria. Está acostumbrado a ese estilo lineal con que, al encender el radio o la televisión, oye al cronista o al comentarista que narran y explican de la manera más esquemática, directa y coloquial.

Quiere claridad, no sutilezas para iniciados ni montajes complicados de lógica mayor. Vive en un mundo de precisiones técnicas donde todo tiende a ser experimentado y comprobado.

Quiere variedad. Acostumbrado a un mundo de cambios, de impresiones fuertes y nuevas, no le satisface la homilía-disco-rayado que repite cada domingo el mismo son.

<http://formacioncristianaevangeliiigaudium.com/> Email: evangeliiigaudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

Quiere utilidad. La vida lo ha vuelto tan rabiosamente realista, positivo y pragmático, que abandona luego lo que se le ofrece como congelada especulación. De la teoría gusta descender a la práctica. De las ideas, a la acción.

Quiere autenticidad. Se adhiere más a los hechos que a las palabras. No se fía de las declaraciones sino de los testimonios. Cree más en la vida de un sacerdote excelente de palabra mediocre, que en la palabra excelente de un sacerdote de vida mediocre.

Su olfato es demasiado fino, y enseguida se da cuenta si hay o no concordancia entre la homilía y el predicador.

Quiere sensibilidad, como hijo que es de los medios audiovisuales, más acostumbrado a ver que a raciocinar, refractario a las ideas-ideas, pero fácilmente atrapable por las ideas-imágenes, por el estilo gráfico con que lo seduce la revista, las tiras cómicas, el cine y la televisión.

Quiere brevedad, no tiene tiempo para oír. Ni el tiempo externo que miden los relojes, ni el tiempo interno perforado por dos prisas, la prisa de cada uno y la prisa de los demás. En un mundo cronometrado por el vértigo, todo lo que es largo aunque sea hermoso —la misa, el sermón, el rosario, la conferencia— tiende a ser desechado, envase no retornable.

Durante toda la homilía, el predicador deberá llevar a cuevas a su auditorio, a todo su auditorio. Si hay en el fondo, o en tal rincón, o en aquella fila, un oyente o un grupo que parece que no comprende, o que no se interesa, que se fije en él, y le mire. Que procure conectarse, mover este “paquete” que se distrae, o no se interesa. El que habla debe darse cuenta de la atención con que se le escucha, y percibir si la comunicación se establece, o si no existe.

Debe ser también sensible a su auditorio. Es necesario que entre en posesión de sus oyentes, pero si sabe hablarles se dará cuenta de que él está también poseído por su auditorio. La elocuencia es una interreacción. Hay destellos de luz que aparecen al predicador mientras está en el ambón, ideas que surgen, imágenes que se presentan, frases que se forman como por sí mismas en sus labios, por la gracia de Dios, ciertamente, pero también por la gracia del auditorio, con el cual el predicador está en plena unión, en plena simpatía. Esto también forma parte del estado de gracia predicante.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

Una homilía que no tome en cuenta las características psicológicas del auditorio actual, no encontrará jamás una antena receptiva sino un muro de lamentaciones. ¡Ay!

Yo no entendí nada de lo que dijo el padre, qué aburrido estuvo el sermón, oye y qué largo, el señor cura siempre dice lo mismo, pobrecito, tan viejo que está, ¿tú entendiste?, el domingo venidero mejor vamos a misa a otra iglesia, pero qué cansado predica ese padre, dicen una cosa y hacen otra, te digo que son unos hipócritas, yo nada saqué en limpio, te hablan como si uno fuera ángel, marciano o momia de Guanajuato, muy joven el padre, pero como hablar, nada, para oír eso no hacía falta venir. ¡Ay! Nos autem sperabamus. (Consultar el pasaje de Emaús).



Capítulo XVII Nuestro aliado el micrófono

De cómo el Evangelio encontró un fiel aliado en el micrófono. Salen a colación el anís y la menta con fondo de mandolinas y trompos chilladores. Se recomienda cuidarse de una pulmonía doble.

¿A quién de ustedes se le ocurre cuál es la más inútil de todas las homilias, la homilía que sale sobrando, la más frustrada de todas las frustradas que pueda concebirse? Indudablemente la que no se oye.

Así la prepares con la Biblia de Jerusalén en una mano y todo el Vaticano Segundo en la otra. Así estés con un corazón traspasado por fuego de serafines como Teresa de Ávila y labios que un carbón encendido dejó más puros que los de Isaías. *Calculo mundasti ignito*. Así el templo reviente de una feligresía golosa de nutrirse con el pan de la Palabra. Homilía inaudible, homilía inexistente.

Igual que si estuvieras hablando por teléfono, rotos los cables de la comunicación.

Yo me pregunto qué harían los pobres predicadores de fin de siglo, para no caminar tan lejos, en aquellas catedrales superlativas de metros cúbicos, basílicas desmesuradas, parroquias con aire de coloso, sin más recursos que el débil fuelle de los pulmones, el tornavoz que a manera de solideo más bien ornamental que funcional coronaba los púlpitos, alguna pastilla de olor que el farmacéutico recomendaba chupar minutos antes de entrar al combate, tal vez unas gárgaras previas de clorato, agua tibia en ayunas para abrir el pecho, una cucharada de miel de abejas que limpiara la garganta, una copita de anís, tal vez le haga provecho a Su Paternidad, el jerez quinado, la menta evita las irritaciones, pero cuando baje usted del púlpito abríguese muy bien, cuidado con las corrientes de aire, reclúyase en sus habitaciones privadas hasta que se enfríe y deje de sudar. De la homilía a la pulmonía sólo había un paso.

Quién pudiera decir las innumerables afecciones de las vías respiratorias que tuvieron que padecer los heraldos del Evangelio de aquellos heroicos tiempos, sólo porque aún no se inventaba el micrófono.

Muchos fieles cristianos se abstendrían de asistir al mismísimo sermón de las Tres Caídas, las Siete Palabras y el enlutado Pésame no por falta de piedad, que les sobraba, sino para qué vamos, no se le oye al padre.

El grito era entonces el estado normal del orador. No le quedaba otra. La predicación debía sonar a pregón o no sonaba. Los fieles que acudían por ver si acaso escuchaban algo, tenían que ser rendidos a esfuerzo de trompetas, como las murallas de Jericó.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta



Pequeño de nombre y de tamaño, surgió el micrófono para aliviar al predicador y favorecer a los oyentes. La electrónica, in medio ecclesiae aperuit os eius. Sí, en medio de la iglesia abrió su boca.

No hacía falta ya el fuelle toral de los pulmones, el timbre privilegiado de Mario Lanza, la impostación de voz según Plácido Domingo, las lengüetas de los órganos tubulares, el sonoro rugir del cañón. Basta una pastilla electrónica, un cable, un enchufe y girar un botón. O tener un micrófono inalámbrico.

Pero la cosa no es tan automática como parece. Desde luego, se precisa dotar al templo de un buen equipo de sonido, sin que interfiera ni la autosuficiencia del rector del templo incapaz de recurrir a expertos en sonido, ni la tacañería o ahorro mal entendido, ya que está de por medio no sólo la eficacia del anuncio profético, sino su existencia misma. Fides ex auditu. Lo primero es oír. Oír con los oídos de carne para poder oír con los del espíritu.

Los templos de antaño, sordos de nacimiento en su mayoría, a veces no responden ni con un buen equipo de sonido, porque carecen de aquellas condiciones necesarias en la disposición y materiales de construcción que favorezcan una acústica aceptable.

Quienes hoy construyen templos, sería imperdonable que no estudiaran a fondo las diversas funciones humanas que es preciso satisfacer: iluminación, ventilación, acústica y tránsito. Tanto más que la técnica cuenta con una serie de elementos que evitan los ecos, la reverberación, el rebote, la distorsión de los sonidos.

Supongamos que el templo cuenta ya con un buen equipo: micrófonos de sensibilidad exquisita, amplificadores que transmiten un suspiro con la limpidez de una sonrisa, bocinas distribuidas en lugares y alturas precisas de suerte que se abarquen las diversas áreas del sagrado recinto. Concluida esta primera estrategia de la técnica, debe comenzar la otra que queda no en manos sino en labios del predicador.

El micrófono expulsa lo que el predicador le inyecta, de la misma manera que regresa de Salamanca el que a Salamanca fue.

De nada sirve un buen micrófono delante de un mal voceador.

Son muchos los que creen que el micrófono actúa ex opere operato, como si fuera el aparato y no el profeta el que produce la fuerza, la nitidez, la variedad de tonos, el colorido, la música, la emoción de la voz.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

Andan por ahí cantantes y baladistas de radio y televisión cuya voz nada tiene de misteriosa y cautivante, sólo que saben usar el micrófono, situarlo a la altura y distancia conveniente, retirarlo o acercarlo para producir a discreción el pianissimo, el forte, el ralentando, el pizzicato, el molto vivace.

Sucede que en los seminarios mayores, tan congestionados de altas y profundas disciplinas, el plan de estudios no logró encontrar a lo largo de cuatro, cinco años, ni una triste media hora para que los alumnos aprendieran el arte de empuñar con tino el micrófono, un poco causa instrumental de su futura predicación. El uso del micrófono no es asunto exclusivo de la técnica, sino sobre todo del propio orador. Cuando el orador no sabe usarlo, añade un nuevo obstáculo a la comunicación con su público.

¿Querían ustedes algunas reglas prácticas para el buen empleo del micrófono a la hora la homilía?

1. Antes de empezar la misa, prueba el micrófono. El rector del templo te dirá con un optimismo digno de la Constitución Pastoral “Gaudium et Spes”, que el aparato es una maravilla y que logró adquirirlo con qué sacrificios de protomártir. No lo dudes.

Pero el volumen y el tono debe estar graduado a tu voz, no a la de los sacerdotes que te precedieron en el ambón y ahora descansan de sus fatigas. Así evitarás sorpresas desagradables, ajustes de última hora, molestas interrupciones en el momento mismo en que, movido por la inspiración y la gracia, estés proclamando las grandezas del Señor.

2. Si el micrófono funciona mal, si de pronto estalla en una cascada de chillidos zoológicos, no vaciles en prescindir de él. Más vale que con un poco de esfuerzo te oigan algunos, a que con un mucho de ruido nadie te escuche.

3. Si se trata de un micrófono de pie, que es el más inadecuado para la predicación, colócalo a la altura de la boca. Por dos motivos, para que la voz salga directa y para que la gente pueda verte. La elocuencia de la palabra aumenta su caudal con la elocuencia del rostro. Hay por ahí un padrecito que suele colocarse el micrófono al nivel de las cejas, con lo que los fieles tienen la impresión de que los labios miran y los ojos hablan.

No faltan los fogosos que se olvidan de estar frente a un micrófono estático, se mueven de izquierda a derecha, retroceden, avanzan, giran como trompos chilladores a fuerza de la unción apostólica; pero al

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta



quedar fuera de foco se oye solamente el silencio. Por todo lo cual esta secretaría a mi cargo recomienda por más funcional y oratorio el micrófono colgante, el que pende de un hilo al cuello en vez del micrófono de pie.

4. Siempre existe una distancia óptima entre la boca y el micrófono. Descúbrela oyéndote a ti mismo y viendo al auditorio por si revela o no estar escuchando lo que dices. Una vez descubierta esta distancia, que depende tanto de tu voz como de la sensibilidad del micrófono, consérvala a lo largo de la homilía y la misa.

5. Cada micrófono es diverso y cada voz. En cualquier caso, siempre debes hablar fuerte. Nada te excusa del esfuerzo, ni una buena voz ni un buen micrófono. Hablar fuerte no es gritar.

6. Las voces privilegiadas que mejor se filtran por el micrófono y llegan al público transparentes y netas, son las voces del niño, la mujer y el tenor. No te aflijas si careces del carisma de la flauta y la mandolina. Si tu voz anda en fila con la del barítono y el bajo, trata de hablar en un tono más elevado que el de costumbre. De suerte que si sueles platicar en un tono equivalente al re, trata de predicar en mi. En mi sostenido mayor, se entiende.

7. Sale sobrando recomendar, por ejemplo, que no llegues al altar soplando sobre el micrófono a ver si suena, ni envíes, amplificadas por la electrónica, estornudos y carrasperas en época de resfriado, ni mucho menos provoques la risa general haciendo apartes y reflexiones en voz baja como si nadie te oyera.

Recuerdo a un señor cura regordete y mofletudo cual ángel de Murillo, que interrumpió su exégesis a la segunda lectura tomada de la Carta a los Efesios, para susurrar al oído del acólito: Ve a ver si ya me inflaron la llanta. Y aquel famoso pico de oro que, después de tres períodos magníficos, se despachó este comentario: Ah diantres, qué calor hace.

Capítulo XVIII Acupuntura homilética

Tal es el nombre del libro de W. Jetter “Homiletische Akupunktur” (Góttíngen, Alemania, 1976). Reproducimos algunas de las dos mil “agujas” que el autor dedica a las iglesias protestantes; pero que a todos pueden servir.

• LA HOMILIA

— El que habla en público está expuesto a la contradicción. A veces los que contradicen son los oyentes. A veces, el Espíritu Santo.

— Muchos sermones dejan la impresión de si valía la pena haberlos dicho.

— Algunos dicen que la predicación es el opio del pueblo, como la religión. Pero es un opio que no crea adictos. -

— Si a la homilía no se le pide lo que no puede dar, es más fácil aceptarla.

— Ya las antiguas teorías sobre la predicación decían que de un sermón se puede salir caliente, frío o tibio. -

— Las nuevas teorías de homilética dicen lo mismo, pero más científicamente, con números y estadísticas y razones profundas.

— Es mucho más fácil criticar un sermón que hacer un buen sermón.

• LA PREPARACION DE LA HOMILIA

— Si el predicador no toma en serio la homilía, los oyentes suelen hacer lo mismo.

— Muchos predicadores, mientras meditan y se preparan, piensan más en su sermón que en sus oyentes.

-

— Los predicadores suelen estar a la caza de subsidios nuevos. Pero pocos acuden a escuchar a sus colegas. Y si van, es para ver lo mal que lo hacen.

— Los sermones preparados con subsidios de ayer tienen fácil arreglo. Se pone la palabra “hoy” y ya está.

— El que posee dos carreras y dos títulos, no necesariamente está por eso doblemente formado.

— No por decir la última novedad se dice algo mejor.

— No siempre lo último es lo mejor. A veces lo penúltimo es lo más válido.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

— Pero el que por seguridad siempre dice lo mismo, corre el peligro de alimentar a sus oyentes con conservas.

-- Si el predicador no sabe lo que quiere y cómo lo puede conseguir, no llegará muy lejos.

- El que quiere siempre todo o nada, suele conseguir poco. Hay que contentarse con algo, y a menudo, con poco.

•ACTITUDES DE LOS OYENTES

— No todo lo que gusta al predicador gusta también a los oyentes.

— Los más buscan en un sermón lo que ya tienen.

— Algunos evitan los sermones porque no dicen nada. Otros, porque dicen demasiado.

— Los que prefieren sermones “edificantes”, quedan muy satisfechos cuando escuchan uno que lo es. Pero si resulta ser un sermón “progresista”, se reafirman en su opinión anterior.

— Los que prefieren sermones “progresistas”, quedan muy satisfechos cuando escuchan uno que lo es. Pero si resulta ser un sermón “edificante” no por eso cambian de opinión: se reafirman en su gusto anterior.

- El que quiere permanecer como es, quiere que también la teología y la homilía permanezcan como son. Así puede estar más seguro.

• LA HOMILIA Y EL TEXTO BIBLICO

— Hay sermones en que el texto evangélico se esconde detrás de la explicación y no hay por dónde adivinar qué texto es.

— La elección del texto suele depender del tema que el predicador quiere explicar. Y el texto no suele influir gran cosa en la homilía.,

— El que tiene interés en hablar de un tema, medita tanto que al final el texto se adapta al tema.

— El mejor texto no logra impedir que se digan de él cosas horribles.

— Sobre el mismo texto se oyen sermones tan distintos, que parecen sobre textos distintos.

— A veces se empieza soñando con las fuentes del Jordán y al final se va a parar al Mar Muerto. -

— El texto bíblico sirve para todo.

— El mejor modo de leer un texto es ponerse en la parte de los oyentes.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta



- Algunos predicán en dirección contraria al texto elegido.
- El que predica contra un texto suele tener en la cabeza otro texto. Sería mejor que comentara éste otro.
- El que no toma en serio el texto evangélico, tampoco toma en serio a sus oyentes.
- A veces la Biblia habla mucho más claro que los predicadores que quieren explicarla.
- Lo que el texto quiere decir y lo que el predicador quiere decir no siempre coinciden.
- La exégesis vale para todo. Se puede meter en el texto lo que luego se quiere sacar de él.
- Dijo el predicador: “lo que yo os digo no vale nada; lo que os dice el evangelio lo es todo”; pero si eso lo afirman sus oyentes, no le hace ninguna gracia.

• EL MODO DE PREDICAR

- No es bueno que lo único fuerte del sermón esté en el micrófono.
- No por mucho gritar se convence más al auditorio.
- Demóstenes ejercitaba su oratoria en la playa. Los cantores ejercitan su voz ante el espejo. Algunos predicadores lo único que ejercitan es la paciencia de los oyentes.
- El peligro mayor de los predicadores es la melancolía.
- La homilética debería admitir a su lado a la antihomilética.
- La crítica contra la homilética ha producido muchas teorías, pero no una mejor predicación.
- Ya Lucas habló de las dos al hablar de las dos hermanas de Betania: el que predica, a pesar de todo, es como María; el que se afana por teorías y críticas, es como Marta; y María escogió la mejor parte.
- Las frases ingeniosas gustan mucho. Pero cansan pronto.
- Si hay mucho ingenio, brilla más el predicador que el evangelio.
- También sin palabras difíciles se puede decir algo.
- No por llamar “perícopa” al pasaje en cuestión, se hace uno entender mejor.
- Apostrofar al público en el sermón, es un género muy antiguo en la historia. Ya Juan el Bautista lo hizo. Los fariseos le escuchaban con gusto, cuando reprochaba al pueblo. El pueblo, cuando apostrofaba a los fariseos. Hasta Herodes le escuchaba con gusto. Sólo Herodías no encontraba satisfacción en esta clase de sermones.

- La ironía es mala compañera de la homilía. Sólo vale cuando se hace con amor y cuando la ironía es irénica.
- Si se tarda mucho en los prolegómenos del sermón, se cansan los oyentes antes de llegar a la sustancia.
- Al éxito de un buen sermón pertenece el acabarlo a tiempo.
- Cuando el sermón es demasiado largo, lo único que se consigue aumentar es el aburrimiento.



Capítulo XIX Homilía en los seminarios

Donde se lanza la peregrina idea de crear en los seminarios postconciliares un Taller de Predicación. Se argumenta con el ejemplo del pianista, el nadador y el ahogado. Pobre hombre.

Hace veinticuatro horas Antonio recibió la unción sacerdotal. Se le miran cuernos de luz. Aire de pinos de la cumbre. Huele a Tabor, pan fresco del Cenáculo. La tempestad de besos caídos al cuenco de las manos. Padre. El riguroso estreno de la paternidad. Hace veinticuatro horas. Y ya tiene que predicar la primera homilía. Aún no baja de la montaña, esperen ustedes un poco a que termine el éxtasis, que se cambie la túnica incendiada, que se sacuda las estrellas, déjenlo que digiera la transfiguración.

Primer domingo de sacerdote, predicar tres homilías. Y el lunes, el miércoles, el sábado. Y así serán todas tus semanas, todos tus meses, todos tus años. Padre Antonio, para eso te ordenaste sacerdote. Hablar, hablar siempre en un chorro sin tregua. Profesionista de la Palabra. A tiempo completo.

Tu agenda se llenará del mismo compromiso. Escribe, por favor. Conferencia en... para jóvenes el día... Charla por radio a las... Plática para obreros. Homilía en misa de niños. Un cursillo sobre... Sermón en la catedral. Palabras en la boda de... Homilía en la Concelebración que tendrá lugar...

La agenda atiborrada. Hablar cinco años, doce, treinta y seis, hasta el límite, hasta que caiga el telón. No creías que fuera tanto, padre Antonio. Y no es tanto lo duro cuanto lo tupido.

Un día que el filósofo Hegel paseaba en un coche de caballos, le preguntó al cochero qué pensaba él que fueran las ideas.

“Señor, respondió el cochero, yo creo que las ideas son unas cosas que se nos meten en la cabeza”. Y dijo Hegel: “¿No cree usted más bien que son rimas cosas que nos salen de la cabeza?”

Tú entendías, padre Antonio, que el seminario es el tiempo en que unas cosas se nos meten a la cabeza; y el sacerdocio, el tiempo en que nos salen. Estudiaste trece años. Cursos, cursillos, lecturas, meditaciones. Traes abundante munición en la cartuchera. Te llenaron de doctrina y de espíritu, qué bueno. Sabes qué vas a decir, pero quizá no sabes cómo decirlo. Y el buen cazador se conoce en el disparo. Ay, en el seminario apenas te ejercitaron en el tiro al blanco.

Había que estudiar las procesiones.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

Capítulo XX Para homilías, las de Jesús

1. Anuncia siempre la verdad sin importarle las consecuencias. “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6). “Mi misión consiste en ser testigo de la verdad. Para eso nací y vine al mundo; todo el que está por la verdad me escucha”, contesta rotundamente a Pilatos (Jn 18, 37). “La verdad los hará libres” (Jn 8, 32).
2. Habla con autoridad y seguridad, con fervor y entusiasmo. Deja siempre una idea constructiva, positiva y optimista.
3. No habla con teorías y conceptos abstractos, sino con mensajes concretos para receptores concretos.
4. Su predicación es realista. Habla de las experiencias de la vida cotidiana de sus oyentes, del ambiente en que están inmersos:
 - el mundo vegetal: lirios, higueras, espinos, árboles de mostaza, semillas, tierra buena para sembrar; el mundo zoológico de 32 animales de tierra, aire y agua que fueron los más conocidos del pueblo, a partir de la oveja que fue el animal predilecto del Señor. Luego la gallina con pollos, el cordero, el asno, el camello, la paloma, la cabra, la serpiente, el cerdo, los mosquitos, el perro, la polilla, el lobo, el buey, los pájaros voraces, los peces fosforescentes, rubíes del lago, color de semáforo;
 - el mundo del hogar: casa, puerta, techo, padre de familia, hijos buenos y malos, amigos que llegan de noche pidiendo de cenar, la alegría de la boda, muchachas con lámparas encendidas, la mujer desmemoriada que pierde la valiosa moneda, o el alimento usual de pan, vino, huevo, pescado;
 - el pequeño mundo de los oficios: pastores, sembradores, ganaderos, comerciantes, pescadores, amas de casa.
5. Llama a los seres por su nombre, sin eufemismos: prostitutas, hipócritas, sepulcros blanqueados, raza de víboras. A Herodes le dice “zorro” que, en el caló popular, significaba “ser un don nadie”.
6. Desmitologiza el lenguaje. Ya no dice Yahvé sino que se dirige al Padre con el delicioso nombre arameo de Abba, que no se traduce precisamente padre; sino en cariñoso diminuto de padrecito, papá, papi.
7. Utiliza el lenguaje del pueblo, pero sin caer jamás en vulgaridad.
8. Para despertar la atención y curiosidad de los oyentes, y para hacerlos pensar, lanza preguntas. “¿Qué dice la gente que soy yo?” (Le 15, 4). “¿Quién de ustedes, si tiene cien ovejas, no deja las noventa y nueve

en el campo para buscar a la que se perdió?” (Le 15, 3-7). “¿A qué se asemeja esta generación?” (Le 7, 31). (Resulta que hoy los técnicos de comunicación y los maestros de escuela están descubriendo que la interrogación es excelente recurso pedagógico y oratorio).

9. Para que su enseñanza sea más fácilmente captada, Jesús utiliza estas cuatro técnicas: - la metáfora, identificación de dos seres. “Ustedes son la luz, la sal” (Mt 5, 13). “Tú eres piedra” (Mt 16, 18);

- los símiles o comparaciones y semejanzas entre dos seres, por asociación de ideas. “Los envió como ovejas en medio de lobos” (Mt 10, 16). Compara el reino de los cielos a una semilla, a una red, a una perla (Mc 4, 30);

- la parábola, breve narración de un suceso fingido del que se deduce, por semejanza o comparación, una verdad importante o una enseñanza moral, con lo que el orador excita la atención y curiosidad de los oyentes. “No les hablaba sino en parábolas” (Mc 4, 34). Son unas cincuenta las que recoge el evangelio, entre las que brilla la del hijo pródigo, como una joya de la literatura universal;

- los refranes, dichos o proverbios. Frases de pocas palabras con un fondo de sabiduría popular y de sentido común. El refrán es la filosofía del pueblo. Jesús acuñó no menos de 130 refranes en su predicación, muchos de los cuales han pasado al patrimonio general. “No sólo de pan vive el hombre” (Mt 4, 4). “Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán” (Mt 15, 14). “Pidan y se les dará” (Mt 7, 7). “Den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Mt 22, 21).

10. No discrimina a sus oyentes heterogéneos en edad, cultura y condición social. Todos son dignos de recibir su mensaje y expresar su opinión. Cualquiera puede interrogarlo y aun interpelarlo. Su oratoria es monólogo y diálogo.

11. Trata afectuosamente a quien lo escucha. Son amigos, hijos, hermanos. Pero cuando es preciso, salta y quema la energía y la ira santa.

12. No le interesa halagar al público y buscar su aplauso; sino que más bien lo problematiza, lo enfrenta consigo mismo y con la verdad. (Ay, aquella dulce mujer del pueblo no pudo contener el entusiasmo al oír hablar a Jesús, cuando le gritó el piropo más sensible: “Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron” (Le 11, 27).

13. No impone su doctrina. Respeta la humana libertad. Deja que sus oyentes decidan: "Quien quiera oír, que oiga" (Mc 4, 23).

14. Respalda sus palabras con hechos, la coherencia perfecta entre el mensaje y la vida. Por eso el libro de los Hechos de los Apóstoles afirma que Jesús primero hizo y después dijo (1, 1).

La lectura y la meditación del evangelio es una lección magistral de homilética.



Capítulo XXI Qué piensa la gente de nuestra homilías

En que llegan a juicio final las homilías. *Dies irae, dies illa*. La parusía entra a escena. Y las trompetas apocalípticas. Dios nos tenga de su mano.

Tres presbíteros de la santa madre Iglesia, auxiliados por otros tantos beneméritos laicos, se dieron a la tarea semiolímpica de enviar seis centenares de cartas, contestación pagada, para una especie de encuesta, test o cardiograma en que el futurible corresponsal contestara, libre de cualquier inhibición, una sola pregunta: Cuál es la peor homilía que usted ha escuchado en su vida.

Se seleccionaron los encuestados tal como mandan los cánones, de diversa región, edad y profesión, sin que faltaran unos cuantos predicadores, que son los que menos escuchan la palabra de Dios como que tienen que anunciarla. Igual que las campanas de la torre, llaman a misa pero jamás entran a oírla. No se puede repicar y andar en la procesión.

Fue inútil que los amigos presionáramos para que se publicara en libro el resultado de la encuesta. Tienen ustedes asegurado el éxito. El libro servirá más que cualquier manual engorroso sobre el tema. No se decidieron. Pero en un gesto de inusitada generosidad, facilitaron el material para resumir aquí, así sea en dosis homeopática, lo que la gente piensa y comenta con los vecinos acerca de la homilía dominical. La peor que un cristiano ha oído jamás en su azarosa vida.

Nota bene. Se suprime el nombre del predicador por estrictas razones de humildad, no vaya a tener tentaciones luciferinas de orgullo, alabado sea Dios; pero no pierde sus derechos de autor. Lo hablado, hablado queda. Cualquier semejanza presumible con algún predicador que usted conozca, debe imputarse exclusivamente a la casualidad, que es madre de muchas contingencias y una que otra jaqueca.

Encuesta 8.

María Guadalupe García de Lozano. Casada, 32 años de edad, trabajos de hogar, vivo en Guadalajara. Un tiempo pertenezco a la Acción Católica, la abandoné desde que tuve gemelos.

- "¿La peor homilía que he oído en mi vida? Es muy difícil contestar, pues he oído varias que son peores. Ahora me acuerdo de una que tengo muy grabada. Tal vez porque el evangelio de ese domingo trataba sobre las bodas de Caná, el padre habló del control de natalidad. Un tema que a mí en lo personal me

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

interesa mucho, también a mi marido. Por más que puse atención, no entendí nada, el sermón fue muy elevado, cómo dijera yo, no estaba al alcance de la gente. El padre hacía distinciones muy sutiles entre conciencia errónea y conciencia perpleja, terapia curativa y terapia preventiva, teoría de Ogino y teoría de Knaus, causas de un solo efecto y causas de doble efecto. El padre ha de ser muy sabio, cómo no, y uno tan ignorante. ¿No habrá un lenguaje popular que traduzca para todos el mensaje de la Biblia y la doctrina del magisterio de la Iglesia? De otra manera las encíclicas no nos llegan, se detienen en estacionamientos exclusivos. Perdonen ustedes esta respuesta tan mal hilvanada...

Encuesta 65. Fidel Guevara, alias el Chu-en Lai, 20 años, estudiante universitario, carrera de Ciencias políticas y sociales. Vivo en la Ciudad de México.

- “¿Homilias? ¿Con qué se come? Hace años no oigo las prédicas de los curas. Se la pasan hablando del otro mundo como si no existiera éste. Del infierno de allá, pero jamás aluden al infierno de aquí, las guerras, el hambre, el desempleo, la injusticia. Mucho Dios y poco prójimo. Mucha fe y pocas obras. Me gustaría que...” (Censurado).

Encuesta 133.

Sor María Encarnación de la Transfiguración del Señor, en el mundo Petra Castillo, religiosa de votos perpetuos, 77 años, convento de San Luis Potosí.

- “Dios bendiga a sus reverencias por largos años. Obtenido el permiso de nuestra reverenda madre, paso a decirles que a mí me gustan todas las homilias, con espíritu de fe hay que oír la palabra de Dios y no buscar las vanidades de la sabiduría de este mundo.

Yo creo que la peor homilía sería aquella que no estuviera inflamada en el amor de Dios, sin espíritu sobrenatural; pero no creo que existan esas homilias. No me imagino a un sacerdote predicando sin un alma humilde, pura y encendida como la de nuestra Madre Santa Teresa traspasada por el serafín. Indigna hija que a vuestras fervorosas oraciones se encomienda”.

Encuesta 197.

Juan Francisco Garza y Garza, médico, 52 años, vivo en Monterrey.

- “La peor, la escucho cada domingo en mi parroquia. El padre no dice nada, lo que se dice nada (non ens seu negatio entis), porque quiere decir mucho, y el que mucho abarca poco aprieta, y el que quiere la col quiere las hojas de alrededor. El domingo pasado rozó diez temas, uno por minuto, sin que fallara el tema de la unción de los enfermos. Es un apóstol de la unción de los enfermos. El pobre es reumático, artrítico y esclerótico. Doy fe, soy su médico de cabecera”.

Encuesta 224.

Oscar Anzaldo, 18 años, futbolista, campeón de natación en la rama juvenil, vivo en Acapulco.

- “Telégrafos Nacionales de México. Peor homilía, la larga. Saludos.”

Encuesta 310.

Señorita Blanca Flores, de 56 años, soltera por convicción, doy clases de bordado, vivo en León.

- “Con todo gusto me permito decirles que no estoy de acuerdo en la encuesta que ustedes promueven, pues dan por hecho que hay homilías peores, cuando que todas son muy bonitas. Y como para muestra basta un botón, aquí acompaño una copia del sermón que predicó el padre prior (léase prior) a mi sobrina el día que ella cumplió quince años.

‘Carísima hija. Allá cuando los rosiclères de la aurora despuntaban en un mar de nubes multicolores, viniste tú a esta tierra lóbrega y sombría como un rayo de luz que dispara las horrisonas tinieblas. Dios en su infinita misericordia, insuflándote un alma inmortal, hízote a su imagen y semejanza como por boca del Espíritu Santo confiesa el Génesis. El gran Agustín de Hipona asienta que la creación de un alma es obra deífica superior a la creación de los astros, (ni comida sin tocino, ni sermón sin Agustino). Ahora llegas a la cumbre bañada por el sol incandescente de la juventud con un alma pura e inmaculada cual gota temblorosa de rocío para salir de este sagrado recinto entonando al Creador cánticos mil y mil de acción de gracias’. (La sobrina, vestido de organza y escote en y, salió del sagrado recinto directamente al Salón Fiesta Palace donde la gota de rocío inició el baile amenizado por dos orquestas de la localidad)”.

Encuesta 348.

Pedro Páramo, sacerdote, 31 años, profesor de Teología Dogmática en el seminario. Vivo en la blanca Mérida.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

- “La peor homilía es la que acusa imprecisión teológica por falta de estudio y actualización. En muchas homilías, este servidor ha escuchado incorrecciones no precisamente por exceso, sino por defecto, originadas por la rutina más bien que por la audacia. No es Catecismo Holandés o los teólogos de avanzada quienes pesan sobre estos sermones, sino los más antiguos enfoques moralizantes y pesimistas. No se trata de avances excesivos, sino de conformismo. El dato es grave, porque es de esa predicación rutinaria y anquilosada de la que la mayoría del pueblo de Dios únicamente se alimenta. El peligro no es que estemos ya en el siglo XXI, sino que aún estamos en el XIX”.

Encuesta 415.

Romualdo Ovalle, 23 años, diácono, estudio en el seminario de Tula.

- “Interesadísimo por la encuesta que ustedes realizan, pues aquí en nuestro seminario hemos hecho algo parecido grabando veinticinco homilías que posteriormente analizamos. A mí me tocó entresacar las frases ingenuas, débiles, chuscas, quizá insostenibles. Por ejemplo.

- “Dios nos manda a este mundo para que suframos. El pecado deforma el alma haciéndola más o menos participante del demonio. Las mujeres también son hombres como nosotros. Las cosas de este mundo no valen nada. Recemos por los difuntos, especialmente por éste que nos acompaña. O sea, que practiquemos la justicia auténtica, no sólo dar a cada uno lo que es suyo, sino no robar nada a nadie, dijo el apóstol San Pablo. El papa también es un pecador. Si no estuviéramos bautizados, ¿cómo andaríamos?”

Encuesta 476.

Roberto Reboloso y Zárate. Edad: media. Ocupación: canónigo de la Santa Iglesia Catedral de la Puebla de los Ángeles.

- “A mi humilde juicio, la peor homilía es la que no interesa a nadie, la que no parte ni se nutre de la Biblia, la que no relaciona la palabra de Dios con la vida del hombre, la que no da una visión de la fe como compromiso dinámico y operante. Por ahí se dice que la predicación peca de temporalismo, la realidad es que en la mayoría de los casos es un espiritualismo desencarnado lo que predomina. Volver a la Biblia, vivirla y hacerla vivir”.

Encuesta 552.

<http://formacioncristianaevangeliiгаudium.com/> Email: evangeliiгаudiuminstituto@gmail.com

Celular: 3133539687. Cara 36 # 15-54. Barrio Nuevo Ricaurte – Villavicencio- Meta

Salvador y Dolores Villalpando, del Movimiento Familiar Cristiano de Zacatecas.

- “Lo que a nosotros nos inquieta es otra cosa. ¿Cuántas homilias se dicen en México cada domingo? ¿Y en el mundo? Torrentes. ¿No se estará desperdiciando tanta fuerza?

Si se lograra una seria renovación de las homilias, se lograría en consecuencia la renovación de la fe querida por el Concilio y el Santo Padre.

Conseguir que los trescientos mil sacerdotes tomen en serio a sus fieles y la palabra de Dios, y que los tomen en serio todos los domingos de su vida, ésta sí que es una gran tarea para la Iglesia. A lo mejor, se ha trabajado muy poco en ella”.

Encuesta 600.

— Estimado amigo Joaquín Antonio Peñalosa. Como sabemos que usted está preparando un libro con el título “Manual de la imperfecta homilía” o “Cómo predicar mal”, le suplicamos a la mayor brevedad posible que nos diga su real parecer sobre la peor homilía que usted ha oído.

— Con todo gusto. La oí ayer mismo y yo mismo la prediqué. Como me oí bastante bien, por eso me oí bastante mal. Pero como aún no escribía yo este librito, no había podido leerlo ni mucho menos ponerlo en práctica. No es lo mismo hablar de toros que estar en el redondel. Así Dios nos ayude y estos santos evangelios. Me repito de ustedes su atento y seguro servidor que más desea verlos que escribirles...

Centro Arquidiocesano
De
Formación Cristiana